

# LA PROTESTA

PRECIO 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

## UNIDAD ANARQUISTA

Fracasaron todas las tentativas absorcionistas y disciplinistas de los agentes de Moscú. La unidad por la unidad, preparada por los que oponían a las ideas su criterio de clase y su desmedido afán de mando sobre el proletariado, no aportó al movimiento obrero ninguna ventaja moral o material. Y puede decirse que la trayectoria de la reacción siguió el camino que le trazaron los dictadores bolcheviquis hasta culminar en la alianza de los jefes de las dos dictaduras que suplantaron la abortada revolución en Rusia y en Italia.

El movimiento obrero internacional tiene hoy tres características difíciles de confundir: la social-demócrata, representada por Amsterdam; la bolcheviqui, encarnada en Moscú, y la anarquista, inspirada en los principios que sirvieron de base a la reconstitución de la A. I. T. Las dos primeras son modalidades políticas aplicadas a dos sistemas de gobierno que tienden a complementarse. De ahí que la unidad entre la Federación Sindical, socialista, y la Sindical Roja, comunista, dependa de simples circunstancias y esté sujeta al acuerdo de los jefes sobre una base de colaboración gubernamental.

Si fué posible polarizar las dictaduras bolcheviqui y fascista; si Lenin y Mussolini, divididos por un profundo abismo ideológico, pudieron encontrar una base de colaboración política y económica, perdonándose sus mutuos pecados y echando en saco roto todos los clamores de las víctimas de su terrorismo; si ya no existe diferencia entre la "dictadura del proletariado" y el imperio de la horda de los camisas negras, ¿qué obstáculo puede impedir la reconciliación de los lacayos de Amsterdam y de los impúdicos funcionarios de la Nep? El socialismo vuelve a encontrar expedita la vía para sus avances hacia el poder. No necesita propiciar revoluciones ni proyectar golpes de Estado, ahora que el parlamento vuelve a ser el campo propicio para las batallas políticas y los negocios electorales dan el mismo redimiento que antes de la guerra.

La fracción bolcheviqui no posee argumentos doctrinarios para reprochar a los reformistas su táctica contrarrevolucionaria. Están colocados en el mismo plano de acción. Realizan la misma labor negativa y se complican en los mismos negocios electorales. ¿Acaso el comunismo ruso puede sostener como principio una revolución que no tiene un solo exponente en el gobierno que suplantó al proletariado en todas sus funciones políticas y económicas?

Sobre esa realidad — la obligada colaboración de bolcheviquis y so-

cial-demócratas en los gobiernos capitalistas —, se basa la conducta de todos los que nos esforzamos en aclarar las ideas y en desbrozar el camino de la revolución. El movimiento obrero sigue la trayectoria del movimiento político, porque son los elementos marxistas los que predominan en las grandes corporaciones sindicales. Pero es fácil demostrar

gogas de Moscú y Amsterdam. La única unidad posible entre núcleos obreros distanciados por antagonismos ideológicos, es la que se impone con la disciplina en corporaciones que han fulminado su excomunión contra las ideas. Pero esa no es ni siquiera unidad de clase. Es el imperio de la dictadura, que ejerce un cuantos dirigentes en perjuicio de

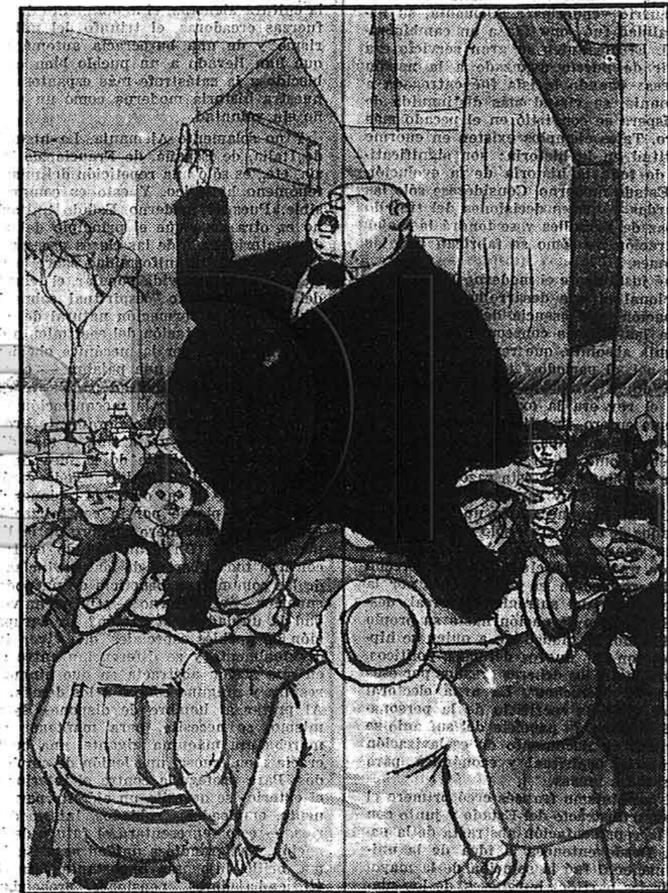
torjal, romper todo compromiso con las fracciones marxistas, asegurar su completa independencia como corriente ideológica que sigue cauces distintos a los del turbión bolcheviqui y asegurar su unidad de pensamiento y acción reuniendo todos los núcleos activos substraídos a la influencia de los proveedores de sirvientes y lacayos al capitalismo mundial. Y ese proceso de integración revolucionaria debe hacerse optiendo a bolcheviquis y socialistas razones ideológicas, conductas y actuaciones, aun a trueque de romper la disciplina sindical y de quebrar esa engañosa unidad de clase que sirve de casamata a los cazadores de prebendas e inmunidades en el Estado burgués.

Las necesidades imperiosas de la propaganda obligan a los anarquistas a romper con la ficción unitaria del bolcheviquismo. La unidad de clase se propicia como un simple recurso político: sirve para favorecer a las fracciones electorales comunistas y social-demócratas, colocadas ambas en el camino de la contrarrevolución. Proclamen la "dictadura del proletariado" o el imperio de la ley, la "dignidad del orden y de la democracia", los profesionales de la política arriban siempre al mismo punto de llegada: el poder. Y esa conquista única del socialismo no solución al problema social, ni aun en el caso de que el gobierno sea comunista o social-demócrata; ya que la conservación del Estado exige el sacrificio de las más caras aspiraciones de la clase trabajadora.

Los resultados de las elecciones para nuestras acciones futuras. Pero desde ya los anarquistas debemos comenzar la obra de reconstrucción ideológica del movimiento obrero buscando en nuestras ideas el camino de la revolución. El primer paso ya se dio: Para salvar del naufragio los restos de un movimiento que prometía grandes realizaciones sociales, fué reorganizada la Asociación Internacional de los Trabajadores. De hecho se plantea la lucha contra la influencia dictatorial y reformista de Moscú y de Amsterdam, revalidando en el movimiento obrero ideas y tácticas que fueron durante cincuenta años guía y norma de las minorías activas substraídas a la influencia castradora de la política electoral y de la colaboración parlamentaria de los marxistas.

La unidad anarquista no busca su base en las imposiciones económicas; ni toma como punto de partida al proletariado como clase fatalmente obligada a girar en torno a la máquina industrial. Esas razones materialistas e históricas son buenas para los profesionales de la política y pueden servir de justificativo a todas sus transgresiones doctrinarias. El anarquismo es una fuerza espiritual

## Todos dicen lo mismo...



—Ciudadanos, camaradas, correligionarios: El bienestar... y la acción inteligente de la clase trabajadora... la clase digna... nobles productores... (Socialista? Radical? Conservador...)

que la pretendida conciencia de clase, como así mismo las realidades históricas que sirven de fundamento al materialismo, no evitan los avances de la reacción ni mucho menos logran identificar a todos los explotados en un propósito común.

Las mismas causas políticas que llevaron la guerra y la escisión a las filas del socialismo de Estado, terminan hoy la reconciliación de los jefes que pontifican desde las cuna-

la mayoría organizada, y resulta en resumidas cuentas que se consagra el predominio de una fracción política en perjuicio de las minorías ideológicas amordazadas por el código sindical, el estatuto o la carta orgánica concebida con criterio jurídico y espíritu burgués.

El movimiento anarquista está obligado a buscar elementos de seguridad y apoyo en la clase trabajadora. Debe librarse del contagio dicta-

# El nacionalismo y la reacción moderna

II

Un pueblo es el resultado natural de una organización social; una convivencia de hombres condicionada por la afinidad de origen, por las formas y características generales de su cultura y por la comunidad del idioma, de las costumbres, de las tradiciones, etc. Este rasgo común vive y obra en cada miembro individual de la sociedad popular y forma una parte importante de su existencia individual y colectiva. Lo mismo que no puede ser artificialmente cultivado, no puede ser violentamente destruido, sin que se extermine a todos los miembros de un pueblo. Un pueblo puede ser sometido a una dominación extraña y lacerado artificialmente en su evolución natural, pero nunca se logra sofocar con la violencia sus características naturales, psicológicas y culturales y su temperamento; al contrario, bajo el yugo extranjero se revelan más claramente y constituyen un medio de protección para la existencia del pueblo entero. Las experiencias de los ingleses con los irlandeses, de los austriacos con los checos y sudetanos, de los alemanes con los polacos, para mencionar sólo algunos ejemplos entre millares, son demostraciones clásicas de la inflexible tenacidad del sentimiento de afinidad en un pueblo. También los judíos podrían ser expuestos aquí como ejemplo típico. Muy a menudo vemos que cuando un pueblo oprimido es superculturalmente a sus opresores, los últimos son absorbidos, por decirlo así, por su cultura superior. Así las hordas guerreras de Mongolia conquistaron a China e impusieron a los chinos un Sanschou como emperador, pero en el curso de algunas generaciones se transformaron los mongoles en chinos, pues su cultura primitiva no pudo oponer resistencia alguna a la grandeza y a la excelencia de la cultura china. El mismo fenómeno vimos en Italia, que estuvo expuesta varios siglos a las pretensiones de las hordas de pueblos bárbaros. Pero la cultura de Italia, altamente desarrollada, venció siempre a la violencia brutal de los bárbaros, que, en último resultado, sólo contribuyeron a rejuvenecer esa cultura y a fructificarla de nuevo. Y esto es completamente natural, pues un pueblo se deja tan fácilmente introducir con la fuerza en hábitos, costumbres e ideas extrañas, como un individuo modelar violentamente en los cuadros estrechos de otra individualidad. Allí donde tiene lugar un acercamiento natural y una mezcla paulatina de pueblos adversos, se realiza siempre voluntariamente y de un modo por completo inconsciente mediante la adaptación natural, nunca por el camino de la fuerza bruta.

Pero la nación es siempre el producto artificial de un sistema de gobierno, co-

en pugna con las imposiciones del medio: el sustantivo ideológico que toma del hombre sus ideas, su cultura, sus sentimientos, sin que por ello olvide sus necesidades como componente de una sociedad basada en la explotación y en el privilegio.

Con ser una organización obrera situada en el plano de las luchas económicas, la A. I. T. es una Internacional anarquista. En ese sentido la apoya la F. O. R. A. y todos los militantes que no creen en la incompatibilidad del anarquismo y del movimiento obrero, siempre, claro está, que sean las ideas el factor elemental de la orientación revolucionaria del proletariado.

Breguemos, pues, por la unidad del anarquismo internacional. En esa unidad de acción y de pensamiento reside el éxito de la futura revolución integral.

mo el nacionalismo en realidad no representa otra cosa que la religión del Estado. La pertenencia a una nación no es determinada nunca por causas naturales internas, sino por condiciones puramente exteriores y por razones de Estado tras las cuales se ocultan siempre los intereses particulares de determinadas clases. Un puñado de políticos y de diplomáticos que son simplemente los representantes financieros de las minorías privilegiadas en el Estado, deciden arbitrariamente de la existencia nacional y del futuro de determinados grupos humanos, que deben someterse a una orden del poder, sin que se les consienta ningún derecho de determinación. Así, por ejemplo, los habitantes de la actual Riviera francesa se acostaron una noche italianos y despertaron al día siguiente franceses, pues un congreso de diplomáticos había decidido en una sesión nocturna su destino. Los habitantes de Heligoland eran miembros de la nación inglesa y leales súbditos del gobierno británico; pero cuando a éste se le ocurrió venderlos a Alemania, su nacionalidad fué sometida a un cambio radical. El día antes su gran servicio era servir de puesto avanzado a la nación inglesa; cuando la isla fué entregada a Alemania, su virtud más distinguida de la víspera se convirtió en el pecado más negro. Tales ejemplos existen en enorme multitud en la historia; son significativos de toda la historia de la evolución del Estado moderno. Considérese sólo las absurdas y torpes decisiones del tratado de paz de Versalles y se tendrá la mejor ilustración de cómo se fabrican hoy las naciones.

Fué justamente el moderno Estado constitucional el que desarrolló el concepto de nación y la esencia del nacionalismo hasta las últimas consecuencias. La monarquía absoluta, que representa, por decirlo así, el período fetichista en la historia de la evolución del Estado, en la cual el rey era la expresión visible del sistema entero, trataba a las grandes masas de sus súbditos desprovistos de todo derecho, como un gran rebaño destinado a ser expoliado. Por esta razón los atraía sólo en casos muy raros a la defensa del país, y se hizo necesario un ejército de soldados de oficio. Tan sólo el Estado moderno, que en apariencia habría prestado a cada uno de sus ciudadanos el derecho de determinación en el gobierno por la introducción del sufragio universal, desarrolló la idea de nación hasta su propio significado. El ciudadano a quien se hipnotizó con sus nuevos derechos políticos, debió asumir los deberes creados por esos supuestos "derechos". La urna electoral fué el altar de sacrificio de la personalidad humana, la paleta del sufragio se convirtió en documento de esclavización voluntaria, espiritual y económica, para las grandes masas.

El jacobinismo francés creó primero el concepto abstracto del Estado y junto con éste la representación abstracta de la nación. Desde entonces la idea de la unidad nacional fué la solución de la mayoría de los partidos burgueses, de los cuales han recibido sin duda alguna esta herencia, como tantas otras cosas, nuestros modernos socialistas de Estado. La unidad nacional se transformó en concepción de la evolución cultural, en símbolo de la vida popular — todo obstáculo que se le opusiera se convertía en un factor enemigo de la civilización. Y esta *table convenue*, esta leyenda, que se ha adoptado en silencio como una verdad, impresiona aun a los espíritus en su proscripción, aunque la historia nos demuestre lo contrario. Precisamente los períodos de la llamada "división nacional" fueron las más grandes épocas de cultura de la humanidad, mientras que al contrario, los períodos de "unidad nacional" han sido épocas de decadencia y de ruina cultural.

La vieja Grecia, que estaba dividida por completo, tanto nacional como políticamente, nos dió sin embargo una cultura que nos aparece todavía en muchos conceptos como ejemplar. Y cuando después Alejandro de Macedonia realizó con la espada la "unidad griega", se secaron

las fuentes de las energías y capacidades culturales, que solo en la libertad podían desarrollarse.

El gran período de las ciudades libres de la edad media en Europa fué una época de la más extrema división nacional y sin embargo nació entonces una cultura que no ha tenido hasta el momento comparación en Europa. Los poderosos monumentos de la arquitectura y del arte que nos ha dejado ese tiempo, son señales eternas de esa brillante fase de la evolución humana. Pero cuando después plantó el Estado moderno, sobre las ruinas de esa gran cultura, las banderas de la "unidad nacional", se fundieron los últimos restos de la grandeza cultural como la nieve ante el sol, y la barbarie más brutal hizo irrupción en Europa. Lancemos una mirada a la historia de Alemania y encontraremos una comprobación del mismo fenómeno. Todas las ricas conquistas de la grandeza espiritual y de la cultura de este país, datan de la época de su "división nacional". Su literatura clásica, desde Klopstock hasta Goethe y Schiller, el arte embriagador de sus escuelas románticas, su filosofía clásica desde Kant a Feuerbach, la época de apogeo de su poesía clásica — todo esto pertenece a aquel tiempo. Pero el Estado nacional unitario señaló la caída de la cultura alemana, el agotamiento de las fuerzas creadoras, el triunfo del militarismo y de una burocracia automática, que han llevado a un pueblo bien establecido a la catástrofe más espantosa de nuestra historia moderna como un rebaño sin voluntad.

Y no solamente Alemania. La historia de Italia, de España, de Francia, de Rusia, etc., es sólo una repetición del mismo fenómeno histórico. Y esto es comprensible. Pues el moderno Estado unitario no es otra cosa que el principio del poder materializado de las clases poseedoras, la victoria de la uniformidad sobre la rica variedad de la vida popular, el triunfo del adiestramiento espiritual sobre la educación y la formación natural del carácter, la suplantación del sentimiento de la personalidad por la mecánica obediencia de cadáver, en una palabra — el sometimiento de la libertad por la fuerza brutal del Estado y la mecanización.

Esto lo ha reconocido claramente Proudhon, cuando dice a Mazzini, el más distinguido representante de la idea de la unidad nacional de Italia: "Todo carácter originario en las diversas regiones de un país, se pierde por la centralización — éste es el verdadero nombre de la llamada unidad. Un gran Estado central confisca toda libertad de las provincias y de las comunas en beneficio de un poder superior — el gobierno — ¿Qué es en verdad la unidad de la nación? La agrupación de pueblos especiales, que viven individualmente y se diferencian entre sí, en una acción abstracta en que ninguno respira y ninguno conoce a los demás... Al privar al hombre de disponer de sí mismo, se necesita, para mantener en marcha esa máquina gigante, una burocracia monstruosa, una legión de empleados. Para protegerla contra el interior y el exterior, se necesita un ejército permanente, empleados, soldados, intermediarios, — esto representará el futuro de la nación. Esa grandiosa unidad necesita fama, brillo, lujo, una importante lista civil, embajadores, pensiones, prebendas. En un Estado unitario semejante la mano se extiende a todo y ¿quién paga los parásitos? El pueblo. Quien dice nación unitaria dice una nación que está vendida a su gobierno... La unidad no es más que una forma de la explotación burguesa bajo la protección de las bayonetas. Si la unidad política en los grandes Estados es el dominio de la burguesía. De ahí el placer de la burguesía por el Estado unitario".

El genial francés reconoció la base propia de todas las llamadas aspiraciones de unidad nacional; y lo que no pueden ver todavía nuestros modernos socialistas de Estado, desde los socialdemócratas hasta las distintas filiações del bolchevismo ruso, lo previó él, pues su vista no era enturbiada por el ciego estatismo de nuestros modernos socialistas de partido, que están aun pegados a la cáscara del hueso de sus predecesores jacobinos. Nosotros somos a-nacionales. Exigimos el derecho a la libre resolución para cada comuna, para cada región, para cada pue-

blo y precisamente por eso rechazamos la idea absurda del Estado nacional unitario. Y somos federalistas, es decir partidarios de una federación de libres agrupaciones humanas, que no se apartan unas de otras, sino que se penetran recíprocamente y se fecundan y que están asociadas entre sí del modo más íntimo por millares de relaciones de naturaleza moral, económica y cultural. La unidad que aspiramos es una unidad de cultura, es decir una unidad que halla su más firme fundamento en la variedad. Una unión fundada en la libertad y que rechaza fundamentalmente toda mecanización de las relaciones recíprocas de los hombres.

Por este motivo rechazamos también todo particularismo y todo separatismo, tras los cuales solo se ocultan también ciertos intereses particulares. El llamado movimiento separatista, que se extiende actualmente por Renania no es más que un instrumento de la política imperialista de la Francia capitalista. El "nacionalismo renano" es solo un medio en manos del Comité des Forges y de la gran industria francesa, lo mismo que el fascismo alemán no es más que un medio para determinados fines de los junkers alemanes y de los grandes industriales. Puede haber entre sus partidarios elementos idealistas — lo que no podría negarse a la cultura alemana, el agotamiento de las fuerzas creadoras, el triunfo del militarismo y de una burocracia automática, que han llevado a un pueblo bien establecido a la catástrofe más espantosa de nuestra historia moderna como un rebaño sin voluntad.

Los anarquistas han representado siempre el punto de vista de que todo pueblo tiene el derecho a formar su vida cultural y social según la propia naturaleza, como miembro independiente de la gran cominidad. En los escritos de Bakunin, y de Kropotkin esta concepción halló una expresión bastante clara; pero nosotros somos de opinión que necesita un importante complemento. No se trata solo aquí de un problema puramente político o ético-social, sino al mismo tiempo de determinadas condiciones económicas que solo pueden crear la independencia cultural y política de los pueblos y de los grupos de pueblos.

El que un hombre nazca hoy francés, alemán, ruso, es sencillamente un asunto casual, por lo que no se tiene razonablemente ningún motivo para estar orgulloso o afligido. Por esta causa son tan fanáticas y reaccionarias las suposiciones teóricas de las razas, nacionalistas de todas las categorías y matices, así como sus vanas afirmaciones sobre la existencia de pueblos elegidos y pueblos inferiores.

Pero es igualmente un azar el que un pueblo o un grupo de pueblos se haya ido a vivir en el curso de su historia a un territorio en el que más tarde se descubrieron ricos tesoros naturales — yacimientos carboníferos, metales, fuentes de petróleo, etc. Este accidente no puede prestar a los hombres de un distrito semejante un derecho a establecer un monopolio y a mantener a los otros pueblos que no han sido favorecidos con tales dones naturales, en la dependencia económica. Llegamos aquí a un capítulo que no puede ser tratado en pocas palabras, pero que será de la mayor importancia para la futura evolución de la humanidad. La tendencia entera del capitalismo, especialmente en su actual fase imperialista, es tan eminentemente enemiga de los pueblos y tan perjudicial para el bienestar y la prosperidad de la sociedad, porque sus defensores en los distintos países persiguen el fin expreso de someter al dominio de su monopolio todas las riquezas naturales de la tierra, que podrían contribuir al bienestar de los hombres, y de remachar a todos los demás pueblos en las cadenas de la dependencia económica.

Así la gran industria alemana ambicionaba durante la guerra la anexión de las minas metalúrgicas de Longwy y de Briey para establecer un trust minero continental, y centenares de millares de hombres debieron perder la vida para realizar ese objetivo de los más brutales intereses financieros de una pequeña minoría. Pero los grandes industriales alemanes perdieron el juego, que hoy es seguido por la industria francesa con los mismos medios criminales, pero esta vez

# La idea anarquista: su pasado, su porvenir

I

Si de todos los acontecimientos agitados que suceden en el mundo social de todos los países desde 1917 se deduce una enseñanza, sería ésta: que *toda realización del socialismo sin la libertad es imposible*. Porque para ser viable, todo organismo tiene necesidad de un medio que le permita respirar, desarrollarse, florecer y esa esfera circundante donde por decirlo así tiene los codos libres, es la libertad; sin ella hay inmovilidad y muerte, puesto que lo que no puede desarrollarse más se descompone.

Toda clase social, por poderosa que haya sido o sea económicamente mediante su acaparamiento de riquezas sociales, ha comprendido perfectamente eso. Así los usurpadores feudales de la tierra, los amos de los siervos, estaban ellos mismos en lucha constante contra los reyes y el Estado centralizador, para mantener, si no extender, su propia autonomía, su independencia local y la libertad personal. Lo mismo la burguesía naciente, los ciudadanos de las ciudades libres de la edad media, que subyugaban a sus obreros y explotaban los monopolios del comercio, defendían furiosamente sus libertades comunales, su vida social propia, contra el Estado, que crecía también, y contra los usurpadores feudales de los campos. Y la burguesía adolescente y adulta, desde el siglo XVI hasta nuestros días, a través de las luchas grandiosas de emancipación en Holanda, en Inglaterra, América, Francia y en el siglo XIX absolutamente en todos los países, al crear ese sistema refinado de explotación obrera, ha sabido procurarse para sí un medio de libertad que es exactamente lo que le es preciso para todos sus intereses. — Sería, pues, antinatural, que sólo la clase obrera quisiera y pudiera vivir sin libertad.

Si, — aduciendo el tenor de estos hechos, — se dice a los obreros que todas esas otras clases ejercían y ejercen una dictadura, se les engaña, porque nunca se ha ejercido una dictadura sobre la burguesía, como el socialismo autoritario dueño de Rusia ejerce una sobre los obreros, a los cuales se quiere persuadir, por irrisión, que son ellos los que la ejercen. Pero ese episodio, esa enfermedad infantil, pasará y se volverá a la libertad.

Ha sido preciso, sin embargo, mucho tiempo y esfuerzo para hacer reconocer ese rol bienhechor de la libertad y era necesario y lo es aún el desmentir el error de la libertad de sus desviaciones y desfiguraciones. En los tiempos primitivos había colectividades que practicaban la ayuda mutua que nos viene de la animalidad, pero el sentimiento del más fuerte, que no tenía necesidad de la colectividad y prefería elevarse por encima de sus semejantes, lo mismo que el sentimiento del libertario primitivo para quien la sociedad se convirtió en un obstáculo, han quebrantado ese sistema y han producido para esas personas una libertad malsana que las palabras tiranía, arbitrariedad, egoísmo, describirían mucho mejor. Los individuos primitivos que por una de esas razones se separaban de la colectividad de la ayuda mutua, si eran bastante fuer-

a costa de Alemania. Y cada parte oculta esa política de saltadores con el manto de los llamados "intereses nacionales".

La internacionalización de las riquezas naturales en forma de carbón, de metales, etc., es por consiguiente una de las condiciones previas más importantes para la realización del socialismo. Mediante tratados colectivos debe ser garantizado a todos los pueblos el disfrute de ellas, y de ese modo no se implantarán nuevos monopolios y en consecuencia nuevas divisiones de clase ni la esclavización económica en el seno de la sociedad.

Sólo en este sentido conseguirá el hombre matar la actual reacción capitalista y nacionalista y abrir la ruta que lleva a la era de promisión de un futuro mejor

RUDOLF RÖCKER

tes para sobrevivir a esa separación del medio general y para imponerse, eran naturalmente enemigos de esa colectividad a quien acababan de traicionar, y de esa manera hubo esa ruptura entre el sentimiento colectivista de las masas y el sentimiento de una vida al margen de esa colectividad, ruptura que dura aún. El que salta de la masa, la desprecia, la oprime, la explota, — y la masa a su vez estrecha sus filas, permanece unida en su subyugación cruel y permanente, desconociendo de la libertad que no ha conocido jamás y que no ve practicada más que por sus explotadores y sus amos en su propio interés exclusivo y a sus expensas.

Esta desconfianza ha impedido siempre que se establezca entre solidaridad y libertad ese contacto íntimo, inseparable e infinitamente matizado y variado que constituye la vida libre o la anarquía. Un gran número de seres humanos no se arrian nada mejor que practicarla, y se practica, en efecto, en toda familia bien unida y en diverso grado en las mil asociaciones de elementos aptos para cooperar que la vida real produce en todas partes, es decir, en el medio de libertad que a despecho de todo Estado, todo hombre que no es torpe, sabe sin embargo crear; pero casi todos esos hombres creen al mismo tiempo que la mayoría de los demás no están a su altura moral y abusarían de su libertad. Se sabe sobre todo por experiencia que lo que tiene relación con la cosa pública, con los asuntos comunes cae habitualmente en manos de los ambiciosos y de los interesados, y lejos de extender su esfera, los hombres honestos tienden a quedar en la vida privada, su pequeño islote de libertad, familia, amigos y pequeñas agrupaciones.

Remontando a los tiempos más lejanos, el progreso se ha hecho ciertamente por obra de los mejor dispuestos, favorecidos por lo que la colectividad les ha prodigado en experiencia e inteligencia. Pero al poseer una fuerza o una inteligencia superior, o bien se volvieron dominadores y explotadores por su fuerza brutal o han abusado de su inteligencia para crearse una explotación fácil de las masas, haciéndose sacerdotes que eternizan las supersticiones tradicionales en lugar de desengañar a los ignorantes, — o bien esos hombres han conservado la solidaridad con la masa, aun superándola en inteligencia: son los inventores que han perfeccionado poco a poco la vida personal y social del mundo entero, y los hombres de ciencia que, sin inventar siempre ellos mismos, han echado las bases de ese conjunto de conocimientos que facilita el descubrimiento y la realización de progresos ulteriores. Esos dos grupos de hombres, dominadores y sacerdotes por una parte, inventores y sabios por otra, eran enemigos natos; porque los primeros no se ocuparon más que de perpetuar un estado de cosas o una ficción, en procho suyo y de defenderlos contra todo progreso — mientras que los otros sabían por la práctica que el progreso no soporta obstáculos, que la ciencia no se estaciona nunca y marcha siempre hacia adelante, y que la libertad es su elemento de vida.

Autoridad y libertad nacieron así del seno de la antigua colectividad y por largo tiempo la fuerza bruta de la autoridad, aterrizando a las masas físicamente y embruteceñolas intelectualmente, ha triunfado sobre la libertad. Cambiar eso, hacer triunfar la libertad, esa será la obra definitiva de la anarquía; pero se comprende que un número infinito de esfuerzos esparcidos y parcelales habrá contribuido igualmente a esa obra y la habrá preparado.

Sería en efecto ingenuo esperar realizar una cosa si no está seriamente preparada, y así, la historia de la anarquía no data solo del tiempo en que su propaganda se hizo más frecuente y organizada, en el siglo XIX, sino que data de los primeros progresos humanos, en las tinieblas de los tiempos — lo mismo que el socialismo, la necesidad de justicia social, no data de los últimos siglos, solamente, sino de esa ayuda mutua, de esa vida colec-

tiva que remonta a lo que se puede llamar la época puramente animal del hombre: lo que lo hizo salir de esa animalidad, lo que lo transformó en lo que se llama hombre, fué ya la obra del progreso sobre una base de libertad, de anarquía pues, que nos es preciso reconstruir.

La anarquía es, por consiguiente, de vieja estirpe, de buena orígen, ha contribuido poderosamente, con el socialismo de la ayuda mutua, a la humanización del animal humano, y cuando se da un cuenta de los obstáculos que puso la autoridad al desenvolvimiento de la ciencia y de las libertades humanas más elementales no se asombrará de que una síntesis anarquista, un movimiento organizado, una propaganda no hayan sido hechas en los siglos más antiguos. Se sabe que la ciencia misma no se libertó, tanto de los obstáculos estatistas y religiosos como de sus propios prejuicios y métodos defectuosos, más que hacia fines del siglo XVIII y que se estableció sobre bases verdaderamente sólidas y avanzó en el sucesivo a pasos de gigante solo en el siglo XIX. Se recuerda uno también que lo poco que ha hecho salir a los hombres de la esclavitud secular, la libertad personal (muy restringida aún, sin duda), la vida privada que forma los grupos libres de familias, etc., que todo eso cae igualmente más o menos de la misma época — y sobre esas dos posiciones adquiridas no dejó de producirse bastante pronto, al mismo tiempo, la elaboración de la anarquía como sistema social completo.

Antes la idea fué entrevistada algunas veces y se ha realizado en parte, sea por la vida de los hombres independientes de todas las edades que se abstuvieron de la autoridad, no queriendo "ni dar ni recibir leyes", y soñando con el "haz lo que quieras", para no citar más que las dos fórmulas anarquistas concisas de Diderot y de Rabelais; — sea por grupos de rebeldes a *outrance* que se encuentran aislados o en ocasión de conmociones sociales más generales en todos los rincones y escondrijos de la historia.

La tradición es una fuente muy preciosa y la historia oficial lo es aún más, una y otra han sido influenciadas en el más alto grado por los amos del día, las autoridades políticas y espirituales, el Estado y la Iglesia; ¿En qué grado inmenso, por ejemplo, no han suprimido o desnaturalizado la historia, la vida social, las lenguas, etc., de todo el gran número de los otros pueblos de su tiempo a quienes se llamó "bárbaros" las fuentes griegas, latinas y orientales, casi las únicas que dispone la historia? Estamos seguros que en el mismo grado o más aún se ha borrado siempre la memoria de los espíritus y actores libertarios, de los rebeldes más sinceros, o bien nos queda aún la tarea de desprenderlos de los disfraces de que la ignorancia o la mala voluntad los rebobó. La literatura socialista de la antigüedad, las utopías de los Plaleas, de Hipodamos y de otros, se han perdido igualmente; apenas se conservaron la República de Platón y las ironías antisocialistas de Aristófanes. Se encuentran ideas anarquistas en el filósofo Zenón. Debí haber libertarios en todas las revueltas de esclavos, entre los primeros cristianos y — así aun entre los herejes múltiples que se disgustaron pronto del cristianismo oficial, y probablemente también entre los últimos paganos que vieron ensombrecer su vida intelectual y artística bajo los golpes del bolchevismo cristiano, de una dictadura anti-intelectual, anti-artística espantosa a la que debemos en gran parte los siglos negros de la historia de la edad media. La transmisión de la ciencia proscrita a través de esas tinieblas, fué un acto antiautoritario por excelencia que ha debido apasionar los espíritus libres. Desde que se formó una vida popular de nuevo en las ciudades, los artesanos obreros se coaligaron, ellos también, como sus patrones, y sin que los conocamos sus nombres, o más bien sin haber podido hacer investigaciones minuciosas en las crónicas, diría, con alguna probabilidad, que ese medio que reclamaba la justicia social y la emancipación de los lazos autoritarios, ha debido producir en algunos lugares una minoría de libertarios: son habitualmente aquellos a quienes se ahorcaba en la horca más alta y de los que se habló más mal en las crónicas, pladonas y reaccionarias. Otros vastos grupos del pueblo de las ciudades y de los

campos, hombres y mujeres, se colocan entonces resueltamente fuera de la sociedad de su tiempo, se crean una vida libre para sí, a menudo inspirados por una creencia llamada herética y que bajo apariencias religiosas tenía un fondo social que los historiadores han tenido siempre cuidado de ocultarnos lo más posible. Algunos de ellos, los "Hermanos y hermanas del espíritu libre", pasan por negados de la autoridad religiosa, estatista y del sistema antisocial reinante, y fueron degollados donde se les encontró, — no es necesario decirlo. Hubo también, en el siglo XIV en Bohemia, un verdadero Tolstói de su época, Peter Chelocky, cuyos numerosos adeptos atenuaron gradualmente la doctrina hasta llegar a los "Hermanos moravos". Los Tolstois en Holanda fueron también un grupo de aquellos que protestaron más contra el yugo de la autoridad.

La abadía de Thelema, soñada por Rabelais, aunque no tenga base económica seria, una parte de un libro de A. F. Doni, publicado en 1562 en Venecia, otro de Gabriel de Foigny, de 1676, también los campesinos de la Bética de Salamanca, son algunas visiones libertarias, el fugaz Hurón o el salvaje de Tahití y el discípulo de la naturaleza (por Beaufeux) y muchos otros asuntos favoritos y libros muy difundidos en el siglo XVIII testimonian el deseo de salir del medio opresivo y sangrenado de la época hacia un mundo nuevo que en los ejemplos citados no fué un mundo socialista con nuevos gobiernos meticulosamente elegidos — esa literatura socialista autoritaria existe también a través de esos siglos en numerosas utopías, — sino que fué ante todo un mundo libre.

Se era impotente para crear ese mundo en la realidad, pero junto a los sueños y a las críticas sociales se trataba al menos de realizarlo para los niños en la educación, y es quizás en este dominio que — al lado de numerosos sistemas autoritarios sin duda — la idea de la libertad fué aplicada más a la vida real. Junto a los sueños de los grandes educadores libres, la emancipación de la mujer fué abordada entonces con el mismo espíritu libre, y la unión del primer anarquista que concibió un vasto sistema, William Godwin, con una de las primeras mujeres libres de esos años, Mary Woolstonecraft, simboliza por decirlo así la estrecha unión de los esfuerzos libertarios de forma diversa, pero de fin común.

La idea de la verdadera libertad fué expresada así en la literatura combativa de actualidad en esos siglos, en especial de una manera verdaderamente memorable por el joven Etienne de la Botte en su *De la servitude volontaire ou le Contrat* (1546), ese famoso panfleto publicado más tarde por Montaigne, cuyo solo título da lugar a reflexionar seriamente sobre la base de los males que sufrimos aún, esa *sumisión* o *pesar* de todas las consideraciones económicas, en gran parte *voluntaria*, ese yugo que el pueblo si estuviese penetrado de esa idea, podría sacudir y romper con un solo impulso espontáneo. Otros panfletos de los siglos XVI, XVII y XVIII ocultan probablemente las verdades semejantes, pero no han sido sacados aun de su olvido por las investigaciones, una obra de un benedictino, Dom Deschamps, siglo XVIII, ha quedado en manuscrito hasta 1865. Pero Diderot, por el *Supplément au voyage de Bougainville*, los *Éléments de philosophie*, etc., es bien conocido como uno de los pensadores más libertarios de su época. La revolución inglesa del siglo XVII, la literatura alemana del XVIII, etc., han producido igualmente autores, actores y propagandistas libertarios.

El fin de esa época que precede a la edad industrial moderna, ha producido un anarquista francés bastante curioso, Sylvain Marechal, el pastor Sylvain, autor de *L'Age d'Or* (1782), del *Libre échappé au deluge* (1784), etc., el creador de un *anarquismo pastoral*, que por una parte recuerda a Wateau y sus pastores, pero por otra deja oír rugir ya la revolución francesa. Fué también, como se diría, la quinta esencia de ese siglo ilustrado que concibió el sistema y el materialismo más completo, el autor de los *Fragmentes d'un Poème moral sur Dieu*, aparecido en "Athéopolis, l'an premier du règne de la Raison" (Paris, 1781), del *Dictionnaire des Athées*, etc.

Pero todos estos esfuerzos y tanteos dispersos eran aún una minoría débil frente a la organización, a la propaganda y al espíritu arraigado de los autoritarios y la gran revolución francesa que se hizo a la señal de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, olvidó pronto la libertad y encantó hacia la dictadura; se hizo bolchevista hasta la punta de las uñas y la dictadura de los comités fué seguida pronto de la de uno solo, Bonaparte, que no tuvo más que empunarla mediante un golpe brutal de fuerza. Dió definitivamente el sello autoritario a la gran época que ésta del bolchevismo francés de la revolución y que repercutió en el bolchevismo ruso de nuestros días y en el reemplazo progresivo del parlamentarismo, tan autoritario por sí mismo, por la dictadura, más bien más que menos fascista, en un número creciente de países. La revolución francesa creía poder realizar la justicia social más pronto por la autoridad que por la liber-

dad — no la realizó en absoluto de esa manera, y nosotros sufrimos hoy más que nunca, ciento treinta años más tarde. Por que todas las ideas del libre pensamiento, del cosmopolitismo, de la justicia social, de la humanización o de la libertad que había producido o perfeccionado ese generoso siglo XVIII, han sido reducidas a la impotencia por esa catástrofe semejante a la de nuestro tiempo que hizo reinar soberanas la fuerza y la autoridad. Los gérmenes de la anarquía, sembrados en el siglo XVIII se han perdido, pues, en esa tormenta, pero la idea ha sobrevivido sin embargo y, se puede decir, ha crecido también con la grandeza de los obstáculos. De esto hablaré en el segundo artículo de este esbozo.

*Max Nettlau*

1º de febrero de 1924

## Los poemas sinfónicos de Claudio Debussy

La evolución de Debussy ha imitado la mudanza continua e inaprehensible de su música; mucho tiempo hemos tenido que acompañar sus insensibles pasos, antes de advertir que cambiábamos de lugar. Pero la ejecución reciente de *Iberia* nos obliga a reorientarnos; he aquí que desde el *Preludio a la Sesta de un Fauno* nos hemos apartado lo bastante para que el camino andado revele una dirección.

Los primeros poemas orquestales de Debussy no eran la pintura de un espectáculo; traducían la delicia del alma en medio del mundo; estaban henchidos por el fuerte movimiento ascensional de la dulzura. El ritmo del *Preludio* o de los *Nocturnos* va siguiendo todos los tanteos del deleite, y así como ésta se pega a todas las tentaciones y se reparte entre ellas, errando de una en otra, así va deformándose, volviendo sobre sí; en la inquietud del placer avanza con su titubeo delicado a través de la melodía. Y la continuidad del poema no está hecha más que de su perpetua modificación. También la melodía tiene todos los contornos del deleite; adelántase primero, llena de moderación equilibrada; pausados continentes se arrastran, se posan en el tiempo como si se abandonaran a un ensueño; perpetúan la complacencia, prolongan la delicia, páranse a saborearla hasta la derrota. Pero, de pronto, como si no pudiera más, como cansada de llevar en sí un exceso, toda la orquesta se resuelve en un vasto florecer vibrante; poco a poco, se desencadena; por un pasadizo secreto, resbala hasta el desmayo. ¡In-sensible y súbita liberación de la suavidad! Fluidas columnas claras se estremecen, una gran agitación límpida y contenida sacude los violines; el director de orquesta tiene en la punta de los dedos una chorroreante masa sonora que se desploma lentamente, como una ola que tardará mucho en deshacerse. A veces, una languidez mayor aún viene a extremar la melodía; entonces, en lugar de fundirse en un amplio estremecimiento armónico, cede abrumada, desfallece en una candulancia inclinada e interminable, como la bailarína en el placer, siente hasta en las caderas el debilitarse de sus párpados.

Música de la voluptuosidad. Pero, porque traduce las más vacilantes emociones, no ha de creerse que sea arbitraria y vaga. Su flotante sutileza, si al pronto nos sorprende de alegría, es por lo exacta que era. Para los sentimientos ineluctables puede haber una expresión precisa; sólo falta encontrarla. Debussy ha dejado que vaya tramándose en él la forma de lo inaprehensible, y en ella han ido a posarse los sonidos como de mañana el agua, en claras perlas condensadas, dibuja la temblorosa flexibilidad de las hierbas. En *Nubes* cada contorno melódico, cada acorde, está penetrado de necesidad; nada de especulación orquestal; fidelidad perpetua a la emoción; tanto que el propio desmayo parece aquí fundido en la inmovilidad más vacilante que ha vaciado sus tímpanos en los últimos movimientos sonoros que podían repre-

sentarla con exactitud. De ahí esta nitidez estremecida: porque cada rasgo es necesario y un delicado rigor entre todos los demás lo conduce y esquiva la confusión. Hasta cuando todos los instrumentos se sumergen, giran, se entremezclan y lentamente, saliendo de su abrazo, vuelven a subir y gotean, la fina justeza de los contornos no llega a turbarse. Límpida y temblorosa distinción, como a través del velo de color el paisaje movido, aparece más sutil y más claro. La orquesta de Debussy está perpetuamente dividida. Sus diferentes partes podrán reunirse un momento; pero su mezcla sólo es accidental; no se unen sino porque nacieron separadas; nunca deriva una de otra ni se desprende de ella. Esta música es así como una red sensible que se modela a cada instante sobre la emoción que se contrae cuando se concentra y se despliega cuando se abre. Y como las mallas, en su mismo estrecharse, siguen secretamente desenredadas, así, cuando se recoge, la orquesta conserva su tenue, su flexible, su vibrante discreción.

Pero por infalible y exacta que sea su sinuosidad, el músico no ha querido confiarse indefinidamente a la divagación de sus sentidos; ha llegado a estar celoso de su instinto. En el *Mar* se descubre un esfuerzo para substituir por la dirección del espíritu la espontaneidad sensual de las amplificaciones; *Iberia* es el término de ese esfuerzo.

Verdad que esta música sigue animándose aún con grandes ímpetus de placer; toda la delicia española fluye entre las orillas del poema. Pero la inteligencia ha depurado, ha despojado su abundancia. La densidad sonora, en vez de resultar, como en los primeros poemas, de una perpetua plenitud orquestal, se obtiene por la importancia de algunos elementos escogidos por la paciente sagacidad de la mente. Sólo en la trama musical subsisten los hilos más esenciales; pero se han elegido con justeza tal, que su desarrollo simultáneo, por la rareza infatigable de las relaciones que arrastra consigo, reemplaza al voluptuoso espesor de la sinfonía primitiva. Oigase el segundo trozo: *los perfumes de la noche*. El denso malar embalsamado de los jardines nocturnos, no necesita, para su evocación, de efusión armónica ninguna, ni de la vibración de las cuerdas. Las partes de la orquesta se rozan, se arrastran lánguidamente unas contra otras, apoyan sus lentas diferencias. Y porque no dejamos de oírlos; sin que se junten ni se combinen nunca, sentimos la languidez de la tela sonora irse tejendo muy poco a poco.

Esta rarefacción de la música por la inteligencia permite una continuidad más segura; más recta. Como el mismo cogido los hilos, el músico los tiene entre las manos; no se entran como el no los oírlos. Desde el primer trozo de *Iberia* nos hemos visto sorprendidos por una rectitud en el paso que no esperábamos. Si

el ritmo sigue siendo múltiple y quebrado, por lo menos no es su vacilación lo que nos guía; está tomado por sí mismo en un gran flujo directo. No hay aquí, sin duda, como en Franck, una fuerza central, una potencia que vaya abriéndose poco a poco, un desarrollo por expansión. Pero en lugar de que la melodía, como en los primeros poemas de Debussy, vaya desviándose sin cesar para lograr todas las posibilidades musicales que flotan en derredor de ella, las atrae y las devora sin interrumpir su caminar imperturbable. Su continuidad resaca de andar errante: va en una dirección.

Sin embargo, el rigor que asume Debussy en *Iberia*, se compensa tal vez con alguna sequedad. Hemos de confesar que echamos un poco de menos el húmedo estremecimiento de los *Nocturnos* y del *Preludio a la Sesta de un Fauno*. Sin duda, en *Iberia*, los rasgos son más incisivos; la mano que los traza no tiembla; pero su firmeza los deja menos cargados de delicias. La sensación no va transcripta más directamente; la mente ha intervenido y ha llevado a cabo su obra de sustitución. En el límite, este arte acabaría por asemejarse al delicado simbolismo de los paisajes japoneses: composición de unas cuantas líneas preciosísimas, entre las cuales, unos, colores, con atenuación,

se recuerdan. Pero si quiero *experimentar* la imagen, necesito de un esfuerzo; el sentimiento no nace en mí a la primera vez; no puedo hacer más que volver a hallarlo. ¿Lo vuelvo a hallar de veras?

La música de los primeros poemas llegaba al alma a fuerza de romper contra los sentidos. Aquel alzarse, aquel desprenderse de delicias, se llevaban el alma con el cuerpo. Cuando toda la orquesta del *Preludio a la Sesta de un Fauno* iba cayendo de languidez, se nos llevaba enteros en su desmayo. La música de Debussy no es ya más que de indicación; parece como si se retirara a segundo término, como si se transformara poco a poco en una exquisita pero sucinta decoración y dejara el escenario vacío. ¿Verdad que va a ser necesario llenar éste con un drama? Puesto que el paisaje no se enlaza ya, desde ahora, con nosotros, no trata de conmovernos el alma, vengan a habitarlo seres cuya voz, como las de Peleas y Melisanda, nos llene de turbación. La sobria delicadeza de *Iberia* permite imaginar una declamación dramática toda impregnada de severidad, una música toda apretada y desnuda, cuya expresión no ha de ser conmovedora más que por su propio rigor.

JACQUES RIVIERE



MONTE

## PAGINAS DE HISTORIA EL "HERMOSO" TIEMPO ANTIGÜO

En el siglo XI el hambre es una enfermedad general; hay entre esta miseria y la que actualmente existe, la misma diferencia que entre las enfermedades corrientes y las epidémicas. Ahora el hambre es un mal excepcional; en la edad media era general.

En el siglo X, diez hambres y trece pestes. De 977 a 1003, hambre terrible. En 1005 y 1006, alcanza toda su intensidad.

En 1008, se muere menos de hambre. El hambre ha realizado su obra. Todos los que debían sucumbir han perecido. Hay un espacio de calma.

En 1010, reaparece con nueva intensidad; siega, abate, hace el vacío, siembra el espanto en todas partes; ahombres; sólo hay espectros humanos; sólo existe una idea, un hecho: ¡el hambre! ¡El hambre se pasea sola en el desierto que ha producido en once años!

A partir de 1021, hay calma todavía. ¡Han muerto tantos! ¡El hambre ha arrebatado todo! Esclavos, siervos, todos los pobres diablos han sido segados. La muerte ha cerrado todas las bocas ávidas.

De todos estos seres que erraban, los ojos dilatados por el hambre, las piernas titubeantes de debilidad, sólo quedan esqueletos, listos para caer en el polvo. Durante esos terribles años, hubo prodigios cosechas, no de trigo, sino de hombres. El trabajador fué segado en lugar del trigo. Cada año hubo cosechas sobre esos inmensos campos, y de la noche a la mañana, de la mañana a la noche, el hambre cargó con sus prebendas, el pasado cargo de la muerte.

En 1031, durante tres años, el paroxismo de la rabia.

Después de haber comido las bestias y los pájaros, dice Glaber, testigo ocular, hombres apremiados por violenta hambre, arrebatan toda clase de carroñas y cosas horribles de decir; algunos se ali-

mentan de las raíces de las plantas y de las yerbas de los pantanos. Entonces la cruel dieta forzó a los hombres a comer carne humana; los que eran más fuertes se arrojan sobre los viajeros, los cortaban en pedazos y los devoraban, después de haberlos hecho cocer. Muchas gentes también, que para huir del hambre iban de un lado a otro, habiendo sido recibidos en las hosterías y degollados por la noche, servían de nutrición a sus anfitriones; la mayoría, mostrando a los niños una manzana o un huevo, los atraían a lugares apartados y los devoraban después de haberlos matado. En muchos lugares los cadáveres desenterrados servían para apaciguar el hambre.

En el bosque de Cast, en Maçonnais, un desdichado alquiló una choza y macerando una multitud de gentes que se quedaban pasajeramente en ella, efectuó una abominable comida... El asesino fué encontrado con cuarenta y ocho cabezas de personas asesinadas, de las que había devorado la carne, como una bestia feroz. Se le llevó a la ciudad donde se le ató a un poste en un cillero y fué entregado a las llamas.

En el mercado de Tournus, un desdichado puso en venta carne humana. Fué apreado y quemado. Se enterró esa carne. Otro fué a desenterrarla para alimentarse.

Esta plaga fué seguida de otra, porque los lobos, acicateados por los cadáveres, los que a causa de su gran número quedaban sin sepultar, atacaron a los hombres e hicieron presa en ellos. Gentes que temían a Dios construyeron ogarros: las encrucijadas y los caminos a través de los campos también servían para cementerios.

Se enterraba en las fosas hasta quinientos cadáveres; el hijo traía al padre, el hermano a la hermana, la madre al hijo, y los sobrevivientes, no esperando ya nada, se arrojan detrás de ellos.

He ahí hambres que dejan huellas; es patente su reino omnipotente. Ninguna esperanza de huir; está en todas partes; golpea en cada casa. Fulmina primero al pobre; hiero también al rico. Nada puede resistir.

¡Y bien! esa hambre es una liberación. En semejante crisis la concurrencia brutal efectúa su obra implacable. No es de ninguna manera el cristianismo el que ha libertado al esclavo personal, es el hambre.

El amo no puede alimentarse; no alimenta a su esclavo; el esclavo muere, sus hijos, su mujer sucumben sin merced. El amo, teniendo más necesidad de dinero en tal momento que de esclavos, trata de venderlos; nadie los quiere; la oferta sobrepasa a la demanda; el esclavo baja, es reducido al precio más bajo. Según la ley de los Bourguignons, un esclavo valía cuatro caballos. En una constitución de Vaux, repactada a raíz del hambre, se cambia tres esclavos por un caballo.

La muerte es a veces liberadora.

Frente a esta terrible destrucción, los poderosos, los ricos se inquietan, se preguntan cómo remediar ese mal. Temen quedar solos ante la naturaleza y no tener más trabajadores para utilizarla. El hombre, para ellos, es una bestia de labor; su desaparición es una ruina para ellos; el hombre es, a sus ojos, una epidemia. Tratan el mal en consecuencia. Es Glaber quien nos lo dice.

El hambre orece a tal punto que... los obispos de Francia, reunidos en un consejo para tratar de atenuar tan excesivo mal, notando que no pueden aliviar a todo el mundo, faltando en absoluto los alimentos y teniendo que la tierra, por carecer de habitantes, no usó reducida a la soledad, aconseja sustentar a algunos que se escogiera entre los más vigorosos, entregándoles cada día una ración, de acuerdo con los medios que se tuviera, de víveres de cualquier clase que fuesen, a fin de conservar los trabajadores de la tierra.

Es esa la caridad cristiana tal como la entendían los obispos! Esa era toda su previsión económica.

Vemos entonces aparecer los grandes rebaños, las filas de los mendigos que son la plaga de la edad media y que se

propetúan todavía. La mendicidad se convierte en una institución. No hay derecho ni justicia. Sólo existe la caridad. No hay salarios, hay limosnas. Dar limosna es una superioridad, es una forma de la aristocracia; el mendigo aparece como una especie de animal que se acaricia y golpea alternativamente, teniendo su plato reservado y su lugar en la pocilga. Hace viajes con sus correspondientes etapas. Es un sacerdote inferior: él también explota el cielo, las umbas de los santos, las peregrinaciones. Se le encuentra en todas partes siguiendo al sacerdote de Dios. El sacerdote tiene el caso de hacer gala de caridad, descontando previamente para este cofrade de infima clase, para este corifeo, este corista, ese comparas indispensable a su aparato escénico, una pequeña parte de sus beneficios. El mendigo tiene conciencia de su papel y de su importancia. "Dices os lo pagaré", dice al que le da una limosna; se instala en el pórtico de la Iglesia, cerca de la pila del agua bendita, detrás del dosel del obispo.

El mendigo es ladrón, ecéptico; se permite toda clase de familiaridades: se las perdonan, como a un animal un poco antojadizo pero que es indispensable. El mendigo ladrón, es un podenco favorito; hace refr, no enfada; ¡es tan bajo, tan vil, tan abyecto!

Nada deprime tanto al hombre como la estrechez del hambre. El hambre no solamente vacía el estómago, también vacía el cerebro y atrofia los miembros; hace más; mata la conciencia y la dignidad del hombre. El hombre que tiene hambre, que se ha habituado a tener hambre, sólo posee un instinto, un sentimiento, un pensamiento: comer. Tiene la moral de la ventosa.

¡Oh! si confía en el trabajo, en el esfuerzo individual, en su energía para eliminar la dificultad, entonces ¡es lo mismo! pero si aguarda su pitanzas amenazante, de la caridad, de la limosna; cuando cae en el fatalismo; en el riesgo, en la súplica, en la humillación, no solamente se degrada, sino que renuncia el título general de la humanidad; entrega al que le da por placer, por capricho, por piedad, sin que se sienta obligado, algo de su victo; le enseña que no hay otra justicia que el favor personal, ni otro derecho que la servidumbre del hombre para el hombre.

El mendigo al rey, tal es la escala: de arriba abajo, homaje y limosna; humildad del uno, orgullo del otro; ya se ve que el feudalismo es la reacción del ideal cristiano.

Para penetrar el sistema, para comprenderlo bien, era menester pasar por la sombría visión del año 1000. Juan no se había enojado. El Apocalipsis decía la verdad; las cartas magnas tenían razón cuando decían: "A la aproximación de la noche del mundo!"

¡Pero no! ya había llegado; se estaba en la noche más negra, en la más profunda del abismo. La pesada losa de la tumba cristiana había caído con su espanto, o peso sobre la humanidad. Y la había encerrado y triturado en su interior... ¡Ah! sí, estamos en lo más profundo de las tinieblas; ante nosotros, alrededor nuestro, sombras, siempre sombras, algo de negro y de tétrico, con grandes espectros siniestros. Se percibe sin embargo un resplandor; es el reflejo de los dogmas de la Inquisición; entonces se distinguen montones de cadáveres que cubren el suelo, frenticas más o menos serenas, poblaciones enteras, como los albigenses; bosques con héroes, miserables que mueren, y en el sitio de la roca, dominado con su pesada e impenetrable masa todo este horror, la atalaya feudal.

Y GUYOT y S. LACROIX

"Historia de los Proletarios"

Si entró el hombre en el mundo dudando mi corazón, mi razón eligió sin vacilar, porque yo no comprendo ¡oh! cristiano! qué se profiera la imbecilidad que habla a la imbecilidad que calla.

MAUPASSANT

## Versos de la calle

Edificio en construcción.

El edificio yergue a las nubes su losa red de hierros como si fuese alguna tela de araña; labor como ella del arroyo

Y como arañas son los obreros que, entre las vigas del coloso, suben y corren, bajan y corren con un tesón de araña, heroico

Y en esa tela, cual una mosca, queda apregado nuestro asombro.

Tropezón.

Iba en la calle corriendo... De pronto golpeóse mi pié contra una piedra; más yo inmutado seguía, quizá el golpe no me arrancó ni imperceptible mueca

(¡Ya tantas veces te halló en su camino mi impetuoso entusiasmo, indiferencia!).

## La Comuna frente a los anarquistas

Antes de narrar los episodios más salientes de esta revolución que, aunque rápida como un meteoro, dejó huella tan profunda, será valor de la obra resumir brevemente los hechos de los que surgió y que la legitimaban también a la vista de aquellos que — muy diferentes de nosotros — no consideran legítimas, contra cualquier forma de gobierno, todas las revoluciones populares.

Pero nosotros debemos desde ahora poner de relieve que la Insurrección victoriosa en París confirió, según las tradiciones revolucionarias gubernamentales, un carácter de regularidad al poder que, después de la fuga de Thiers y de sus genitros, se había constituido.

No hay duda. La Comuna elegida por el pueblo victorioso fué el gobierno oficial, y que tal se consideraba ella misma está demostrado por su constante preocupación de legislar. Y si no ejerció su jurisdicción sobre todo el territorio de Francia; se debió solamente al monstruoso acuerdo de la Vendée Versallesa y de las hordas prusianas que, manteniendo el bloqueo en torno a la capital, le cerraron el paso.

Por otra parte, los hombres que primero tomaron las riendas del movimiento — del que, por lo demás, no habían tomado la iniciativa — se mostraron mucho más solícitos en cubrirse de galones que en extender la acción revolucionaria anudando inmediatamente la entente con las provincias, sin la cual debía ahogarse en la negligencia y en la impotencia más desesperadas.

Durante los días que siguieron al 16 de marzo, ellos permanecieron en un estado de aturdimiento absoluto, como absorbidos por su mutua contemplación sin reflexionar que Thiers reunía en Versalles un ejército que mandaba a tomar en el Banco de Francia, en París, un sueldo para las tropas versallesas; sin oponerse a la partida de muchos regimientos que el 23 de marzo estaban aún acampados en los jardines del Luxembourg, en la estación de Saint Lazare, en algunos puntos interiores de las fortificaciones; sin ocupar ni siquiera el fuerte Mont Valerien del que los insurgentes de Surenes y de Piteaux les señalaban el inoportunidad abandono.

Estos y muchos otros errores más graves aún, permitieron a Thiers preparar tranquilamente la masacre de los parisienses.

No nos anticipemos; señalaremos más adelante las responsabilidades varias y gravísimas, sobre todo las de muchos jefes civiles y militares que, en vez de extirpar el modo de afrontar al enemigo, pasaban su tiempo inspeccionando los co-

Este viejito hebreo...

Este viejito hebreo que hoy vende cigarrillos y que ayer trocar pudo del alto Sinaí, cuando paso sus verdas, lacrimosas ojillos, cual si me suplicase, doliente pone en mí.

Yo no fumo y, empero, sin comprarle no (paso); y el día que le compro, por toda la ciudad iréme y contándole a los hombres mi (caso).

¡Hice hoy una acción buena sin hacer (caridad)!

¡Pobre hebreo viejito! No sabes qué te (debo),

gracias te doy, viejito, de todo corazón; tú, sin saber, me brindas al fin un gozo (pueyo):

¡Dar, y no recibir humillación!

*Alvaro Junquera*

Los de la Opera o Bayonésos... constelados de galones y de guillotina hasta la punta de los pelos — en los conciertos de las Tullerías y del Campo de Marte, de bracet con las elegantes mundanas del día.

Nosotros lo decimos con irremovible convicción: si todos los jefes de la Comuna hubiesen tenido el carácter de Descluze y de Varlin; el coraje de Glubens, de Duval, de Cipriani; el glorioso rasgo de las cárceles monárquicas italianas, si como estos hubieran preferido el crepitar seco de los tiros al alegre estampido de las botellas de Champan, si hubiesen estado decididos a sepultarse bajo las ruinas de París antes que abandonar a los versalleses, la Comuna victoriosa hubiera podido hacer anorar a Thiers, Favre y a sus cómplices como traidores... y los prusianos aterrizados habrían, para retirarse, aceptado condiciones menos humillantes para nosotros que las que los traidores del gobierno de la Defensa Nacional nos sellaron en la frente como una vergüenza.

La guerra de 1870 fué causada por la perfida imbecilidad de Napoleón III. Es el triste señor, cuya pregunta inteligencia no era más que perdidia, se dejó burlar estupidamente por Bismarck que procuraba hacernos pasar por agresores para alegrar de nosotros toda alianza en la eventualidad de la guerra para la que se preparaba de antemano.

Era evidentemente imposible que un político profundo como Bismarck pensase seriamente en llevar al trono de España a un príncipe alemán. El debía conocer muy bien el polo tradicional de los españoles contra toda dominación extranjera y su tenacidad patriótica, para ir a engolfarse entre las poblaciones indóciles que habían expulsado al rey José y a los ejércitos que Napoleón I envió para sostenerlo.

Napoleón no vio el lazo que se le tendía; no comprendió que Alemania, que no tenía una marina suficiente, que no tenía contactos limítrofes con España, no podía exponerse a la eventualidad de sostener un príncipe alemán en un país al que no podría, sin el consentimiento de Francia, mandar un solo soldado.

Pero, además de no poseer un ardite de discernimiento, el hombre del 2 de diciembre estaba en 1870 como todos los jugadores desafortunados espantado de la creciente impopularidad de su gobierno, y tenía la suerte, aún el riesgo de arrebatar a Francia en su propia ruina. Un

oficial le había hecho creer, acariciando sus ridículas pretensiones en materia de artillería, que con pocas ametralladoras secretamente fabricadas y experimentadas en Meudon se podría destruir los ejércitos prusianos con la misma facilidad con que los segadores cortan la mies madura.

Contando únicamente con estas bagatelas, el Napoleón de contrabando tuvo la locura de declarar la guerra. Ignoraba que los prusianos poseían cañones capaces de arrojar metralla a cinco mil metros de distancia, mientras que sus ametralladoras alcanzaban apenas a mil quinientos metros.

Todavía, para distraer de su cabeza la responsabilidad de una posible derrota, tuvo la perfidia de hacer pregonar por algunos gritones asalariados y por la prensa chanchullera: *A Berlin! A Berlin!* para poder decir, en caso necesario, que el pueblo lo había arrastrado a declarar la guerra.

París, más directamente amenazado por las probables adversidades de semejante locura, trajo a estos preliminares las primeras razones del descontento, a las que se agregaron más tarde las que a continuación veremos y que determinaron las insurrecciones del 4 de septiembre y del 18 de marzo de 1871.

II

Los reveses sucesivos de nuestro ejército, la actitud inerte del emperador en Sedan, irritaban tanto más al pueblo cuanto que generales y ministros fúntos, con su soberano, habían querido más obstinadamente la guerra, garantizando con "corazón ligero" que nosotros estábamos preparados para sostenerla con las mejores seguridades de éxito.

Francia entera fué presa de una violenta indignación; ella, que no había querido la guerra estúpida, se mostró dispuesta a todos los sacrificios para continuarla. Repudió la capitulación vergonzosa propuesta en su nombre, y arrancando a las garras del imperio su bandera, proclamó la república.

Como en 1848, quien hizo la revolución fué el pueblo, no los políticos que habían recibido el honor y el mandato de hacerla. Gambetta tuvo la impudicia de gritar a los invasores del Palacio Borbon: *¡No hagáis revolución!* ¡Gambetta, que había solicitado y recomendado su elección con formales empeños revolucionarios!

Desgraciadamente, por una deplorable inconsciencia, se permitió a los traidores — de quienes se repudiaban los consejos — apoderarse del poder, y la misión de defender la república francesa se confió a los que la habían prostituido después de jurarle fidelidad.

Cosa aún más extraña, y que demuestra el desconcierto suscitado por el miedo a los prusianos: Blanqui y sus adeptos ofrecieron "su concurso más enérgico, más absoluto" a los usurpadores de la revolución: a los Jules Favre, los Picard, los Garnier Pagés, los Cremieux, los Ferry, los Gambetta, los Jules Simon, los Arago, los Pelletan, los Trochu, los Rochefort; oferta que, por lo demás, fué desdenosamente rechazada.

Los blanquistas, y Delescluze con ellos, mostraron en esta circunstancia una absoluta carencia de previsión y de energía; no comprendieron que Francia no podía ser salvada más que por un inmenso ímpetu revolucionario de que eran fatalmente incapaces los vasallos del Imperio.

Imbuidos de autoritarismo gubernamental y preocupados de la defensa nacional, quisieron a toda costa, aún a costa de ver defraudada a la revolución, la concentración de las fuerzas en las manos de un gobierno cualquiera. El ímpetu de las iniciativas populares, único medio de salvación, les pareció un peligro y no se atrevieron a provocarlo. Error enorme que los condenó definitivamente a la impotencia, hasta para oponerse a la manifiesta traición preparada por Trochu, Favre, Ferry, y sus consocios.

El 31 de octubre de 1870, a la noticia de la traición de Bazaine, y de la presencia de Thiers, venido para negociar con Bismarck, un escalofrío de cólera se apoderó por las grandes arterias de la capital; pero ni Flourens ni Blanqui ni Delescluze supieron aprovecharlo. Dueños de

la situación, se dejaron desalojar por un batallón de las guardias móviles.

El 28 de enero, París, después de algunas tentativas de insurrección prontamente reprimidas, capitulaba... Al día siguiente, 28 de enero de 1871, se lefa, pegado en los muros de todas las ciudades francesas, el despacho oficial que anunciaba la convocación de los electores con "limitación estrechísima de los poderes de la paz y de la guerra".

El 1º de marzo los prusianos entraban en París.

III

Los cañones estaban bajo la custodia de pocos hombres del pueblo, cuando el 18 de marzo de 1871, después de las 4 de la mañana, las tropas atacaron el parque revolucionario de artillería.

París estaba todavía sumergido en el sueño.

El golpe de mano había resultado tan feliz, que Clemenceau, a las seis, se apresuraba a llevar sus felicitaciones a los generales que audazmente lo habían osado.

Pero a las ocho, una inmensa ola de pueblo, mujeres y niños, invadió la colina, se mezcló con los soldados e impidió que los cañones, ya enganchados, fuesen llevados fuera. Después de algunos conflictos parciales, las tropas fueron rechazadas o hicieron causa común con el pueblo.

El gobierno, terrorizado, se decidió a abandonar la capital con las pocas fuerzas que le restaban, y abandonó también el fuerte Mont Valerien.

Aquí es oportuna una limpiada constatación: *Sin la iniciativa de la muchedumbre anónima sin la insurrección espontánea de las masas proletarias, Thiers hubiera alcanzado pleno éxito en su atentado, hubiera desarmado al pueblo.*

Porque el Comité Central no estaba alerta, no había hecho nada para evitar la sorpresa, no participó en el rescate de los cañones, en el triunfo de la revolución que ponía al gobierno en fuga.

Fué también la muchedumbre, junto con unos pocos soldados, la que hizo justicia de Clemente Thomas y de Leconte, que el Comité Central y muchos oficiales de la Guardia Nacional querían quitar, a pesar de la orden dada por estos dos generales de matar sin piedad a la muchedumbre.

En vista de la doble ejecución desapareció todo lo que aún quedaba del gobierno en París: ministros, generales, diputados huyeron rápidamente a Versalles. Y, culpable incuria, el Comité Central, que acaparaba ya el poder, los dejó partir, no soñando más que en restablecer la calma, cuando hubiera debido estimular la indignación pública a destruir aque llos que más tarde degollarían a los parisienses.

Al día siguiente, 29 de marzo, en vez de llevar contra Versalles a la población y los guardias nacionales, el Comité Central perdió su tiempo en hacer parlamentarismo, en distribuirse los ministerios. No pensó más que en instituir un nuevo gobierno, en convocar a elecciones. Esto, mientras urgía perseguir al enemigo, romper sus filas que se reconstituían. Las fuerzas no faltaban: *más de cien mil hombres estaban en armas, más de 80 cañones en orden, mientras que Thiers no tenía a su alrededor más que veinte mil hombres.*

El Comité se dejó dominar por Clemenceau, por Meunier, por Courmet, por Tolain que, aún reconociendo la legitimidad de la insurrección reclamaban, como diputados de París, la dirección del movimiento... Después de muchas demoras, se consiguió hacer elecciones el 26 de marzo; participaron en ellas 230 mil electores y el 28 de marzo la Comuna estaba constituida entre las delirantes aclamaciones de París. Pronto veremos como respondió la Comuna a estos entusiasmos.

Los primeros actos de la Comuna: probaron enseguida que, como el Comité Cen-

tral, ella no había comprendido la urgente necesidad de acabar con los versalleses; ni siquiera supo hacerse respetar por el Comité Central haciéndole comprender que su misión había terminado.

Como éste, la Comuna no se ocupó absolutamente de ponerse en comunicación con las provincias; se puso a acumular decretos sobre decretos hasta el momento en que, el 2 de abril, los obuses que se había dejado acumular en Versalles comenzaron a llover sobre París, sorprendido y como salido de un sueño.

El pueblo, siempre en la vanguardia, quería marchar inmediatamente sobre Versalles; cien mil hombres estaban prontos, pero la Comuna vacilaba, discutía, en lugar de obrar bajo el impulso popular; no comprendiendo una jota de cuestiones militares, debió confiarse a sus generales de ocasión: Bergeret, Eudes y Duval, de los que bien pronto hubo de reconocer la insuficiencia; y decidió entonces nombrar a Cluseret ministro de la guerra.

Pero todas estas vacilaciones habían deshecho el impulso de la masa; apenas 25.000 se pusieron en marcha, sin artillería casi, y sin jefes experimentados.

Eudes se limitaba a gritar: ¡Adelante! ¡Adelante!; Duval se multiplicaba, pudo hacer retroceder al general Dubarrail, pero no llegó más que a hacerse fusilar por Vinoy.

Durante este tiempo, Flourens era sorprendido en Ruell por una partida de gendarmes y parecía miserablemente a manos del capitán Desmarret, y así concluía esta salida del 3 de abril que, hecha el 19 o el 20 de marzo, hubiera dado la victoria a los parisienses.

La derrota desencadenó recriminaciones ardientes en el seno de la Comuna y contra el Comité Central. En el fondo, la culpa era de todos; unos eran culpables de no haber utilizado oportunamente el impulso del pueblo obligado a agotarse en la inacción; los otros de haber salido sin municiones, sin un número suficiente de cañones cuando podían disponer de más de 200 piezas de artillería, con las que hubieran podido barrer el terreno en todo el trayecto de París a Versalles y abrir así el paso de los batallones contra el enemigo acampado a corta distancia.

Sin embargo, París no se desconcertó; hizo prodigios de valor para alejar de sus bastiones al enemigo; Dombrowsky, que había substituido a Bergeret, obtuvo éxitos importantes a pesar de la absoluta falta de dirección por parte de Cluseret y del Comité, que continuaban pariendo decretos cuando era necesario ocuparse solamente de combatir y de proveer, sin interrupción, refuerzos y municiones a los batallones empeñados contra el enemigo. Abandonados a sí mismos, los federados tuvieron que repliegarse.

La Comuna tuvo entonces el error de dejarse burlar por pretendidos conciliadores que en su nombre abrían negociaciones de componendas amigables con el único resultado de ver dismínuida su autoridad moral y reavivada la llama de las discordias íntimas. Sólo los versalleses aprovecharon de estas actitudes que a Thiers, que continuaba lanzando sobre París bombas incendiarias, le permitieron reunir un ejército de 125.000 hombres con trescientos piezas de artillería.

El proyecto de un ataque general por parte de los sitiadores ya se había hecho manifiesto. A pesar de esta evidencia, la Comuna y sus generales no tomaron ninguna medida para la eventualidad de una irrupción del enemigo en París. Nadie pensó en utilizar las minas en todo el trayecto, que los asaltantes debían recorrer antes de llegar al centro de la capital. Se dió excesiva licencia a Cluseret que arrastró su inuñilidad absoluta y sus ridículas pretensiones a través de las oficinas del ministerio de la guerra, del que quería sobre todo acaparar — como ya lo había intentado en Lyon en el Comité Federativo — la dirección financiera.

En suma, todas las cosas fueron dejadas a la ventura. Sin detener siquiera el funcionamiento de las administraciones anteriores que, en plena revolución, no tenían ninguna razón de ser, se quiso gobernar al pueblo en lugar de libertarlo y cada uno pretendió conducirlo a su modo.

El 1º de mayo de 1871 se elegía el Comité de Salud Pública en las personas de Ramier, Arnaud, Leo Meillet, Pyat y Gerardin.

La Comisión Ejecutiva, antes de ceder el puesto al Comité de Salud Pública, había hecho justicia de la arrogancia fofa de Cluseret y en su lugar había puesto a Rossel.

El nuevo delegado para la guerra parecía animado de las mejores intenciones, pero se limitó a estériles agitaciones. Nada fué dispuesto para la batalla dentro de París, el único punto donde todavía era posible vencer a los versalleses. Reconociéndose bien pronto incapaz, a pesar de su aire de suficiencia, Rossel dimitió echando la culpa del desorden sobre la misma Comuna y sobre los diversos comités que se disputaban la supremacía.

Thiers ya era dueño de la situación; había llenado a París de espías, de agentes provocadores que sembraban por todas partes la confusión. Delescluze, a quien se había confiado, en extremis, la dirección suprema de las cosas, ya no podía remediarlas.

Entonces se pensó en distraerse demoliendo, a los acordes de la Marsellesa, la Columna de Vendome, sin reflexionar que hubiera sido mucho más útil preparar la destrucción de los ejércitos de versalleses en el corazón de París.

Y Thiers bombardeaba aún, bombardeaba siempre; sin embargo, a pesar del reducido número de defensores que estaban en los fuertes, la defensa era obstinada. Dombrowsky hacía prodigios de tenacidad. Pero bajo la lluvia continua de obuses y de metralla, la constancia vació y los bastiones se desgarraron lo suficiente para permitir a un miserable, llamado Decatet, trepar al bastión número 64 en la puerta Saint Cloud y gritar a los asaltantes: *¡Entrad, pues! ¡ya no hay nadie!*

En esa misma hora en que el enemigo volvía a entrar en París, Vaillant, miembro de la Comuna, delegado de las Bellas Artes, presidió un ensayo de coros de la Opera, como si en aquella hora hubiese otro arte útil y bello fuera de la guerra y de las armas!

En la Comuna, que hubiera debido ocuparse de minar a París, de construir por lo menos barricadas, se continuaba discutiendo, o más bien recriminando.

Se dejó que los soldados de Versalles pasaran tranquilamente las murallas, a pesar de los esfuerzos heroicos de Dombrowsky, al que no se le enviaban refuerzos, a quien se lanzaba más tarde la acusación de traición para descargar de sus terribles responsabilidades a los diversos Comités y a los hombres del Hotel de Ville.

Entonces, pero solamente entonces, se pensó en las iniciativas populares, en armar a los que anteriormente se les había negado armas, pero ya era tarde.

No narraremos los asesinatos, las matanzas espantosas perpetradas por los soldados del orden: nadie ignora las instrucciones sangnarias dadas por Thiers a sus genzaros, nadie ignora cómo fueron cumplidas por los generales, que quisieron lavar su infamia en la sangre del pueblo de París, traicionado, vencido y desarmado.

Nosotros hemos querido demostrar en esta sumaria relación de los hechos, que la responsabilidad de la acción de París, después de la victoriosa revolución del 18 de marzo de 1871; que las responsabilidades de la derrota final incumben a los hombres de autoridad que se esforzaron por acaparar el movimiento y cuyas ambiciones rivales sembraron la discordia y la indecisión que inmovilizaron a las fuerzas revolucionarias.

Hay en nosotros el ferviente deseo de que el pueblo vea en nuestras palabras una admonición para la próxima revolución: *él no debe contar más que sobre sí mismo.*



mismo, ni sufrir jamás que se contara en sus ímpetus espontáneos y generosos. Es bueno que todos lo sepan: *los espíritus de la masa desenfrenada son siempre más conformes al verdadero interés público que las de los ambiciosos y los pedantes.*

VI

Antes de terminar, una palabra sobre las insurrecciones parciales de los departamentos.

Como la Comuna de París tuvo el error grave de no anudar relaciones con las provincias, o por lo menos con las ciudades sublevadas, las Comisiones que dirigieron los diversos movimientos provinciales tuvieron el error de no estar en constante relación entre ellas para combinar una acción común. Esta entente hubiera inspirado en las poblaciones una mayor confianza y hubiera impedido las debilidades que se manifestaron, particularmente en Tolosa.

Es cierto que de Narbona fueron enviados delegados a las ciudades vecinas para invitarlas a sublevarse, pero desgraciadamente, a excepción de Perpiñán, no se encontró sino hombres como Julio Gues-

### Los anarquistas Chinos y el Congreso Anarquista Internacional

El anarquismo fué introducido en China hace ya más de diez años. Antes de la revolución democrática, todos los revolucionarios que se rebelaban contra el despotismo monárquico, residían en el extranjero, donde tuvieron ocasión de estudiar el anarquismo y hacerlo conocer a sus compatriotas.

En 1907, nuestro camarada Liyuying, habitando en Francia, hizo aparecer semanalmente, en lengua china, el periódico: *Los Tiempos Nuevos*. Este periódico es el primer órgano de los anarquistas chinos. Por otra parte el compañero Liyuying editó también numerosos folletos anarquistas. Es sensible que no pudieran ser enviados a China, a causa de la política, pero entre los estudiantes chinos residentes en Europa muchos aceptaban el anarquismo. Por causas desconocidas, *Los Tiempos Nuevos* cesó de aparecer en 1910.

Al mismo tiempo los camaradas chinos residentes en el Japón, fundaron en Tokio una asociación para estudiar el anarquismo; los miembros eran muy numerosos. También ellos publicaron un periódico: *La Igualdad*. Desdichadamente, habiendo encarado, estos últimos, únicamente la revolución política, no aprobaron la teoría de la revolución social; mas poco después, ocupándose solamente, los fundadores de la asociación, del movimiento político, su influencia declinó.

En 1912 el camarada Sifo fundó el primer grupo de propaganda anarquista en China. Sus ediciones fueron las siguientes: la colección de "Los Tiempos Nuevos"; los "Tratados del anarquismo"; el "Manual del Soldado"; *La Huelga General*; *Crítica del Socialismo*; *Explicación de la Anarquía*; *Diálogo entre dos obreros*; *Las obras de Sifo*; la colección de *La Voz del Pueblo*. Los jóvenes estudiantes los estimaron mucho; de ahí que los libros, no bien editados, eran agotados.

En el mismo año, los camaradas de Shanghai fundaron un partido socialista anarquista y publicaron el periódico *La Conciencia*; aparecieron solamente dos números; el partido fué disgregado por el gobierno y los miembros deportados.

En 1913 el grupo "Tiempo" publicó en Cantón el diario *La Voz del Pueblo* en dos idiomas: chino y español; a partir del segundo número fué el órgano por el gobierno. A continuación auló a varias veces de lugar. El diario publicó hasta el número 23. En noviembre de 1916 cesó de aparecer.

En el mes de octubre del mismo año los camaradas de Shanghai fundaron un grupo comunista anarquista con los siguientes propósitos: 1º propagar la doctrina; 2º relacionarse con todos los camaradas.

de y Marcou, para citar un ejemplo, que prefirieron quedar en la inacción antes que afrontar el peligro en socorro de una revolución cuyo éxito no les parecía muy seguro.

Para revolucionar a Francia y al mundo, es necesario ir adelante pertinazmente: ¡la acción, siempre la acción! No se trata de morir heroicamente como Delescluze, Varlin, Vermorel, Burgeols, Ferré y tantos otros.

Se trata de combatir sin tregua hasta el día de la victoria.

¡Que el pasado nos sirva de lección! La humanidad es explotada desde hace siglos, los ambiciosos han conseguido siempre triconarla; la traición no se debe renovar.

Los grupos Anarquistas de Bruselas.

El presente artículo es extracto de un documento rarísimo, la relación que sobre los gestos y los errores de la Comuna publicaron entonces los grupos anarquistas de Bruselas, entre los que había muchos, de los más inteligentes a de los más activos, refugiados de la Comuna.

Al mismo tiempo en Chiánru-kuí, Man-king, Cantón se formaron también grupos similares. Prescindiendo de *La Voz del Pueblo*, había otro diario: *La Voz de la Justicia*. Era editado en Rangson (Burma) y repartido entre los trabajadores chinos, indo-chinos y en Occidente.

En marzo de 1915 el camarada Sifo, redactor de *La Voz del Pueblo*, dejó de existir por enfermedad. Después de su muerte, la aparición del diario no pudo ser asegurada, pero los camaradas desarrollaron, en todas las ciudades, una propaganda muy eficaz.

En 1917, los camaradas de la universidad de Pekín fundaron el grupo anarquista *La Verdad*, para estudiar el anarquismo y editar, irregularmente, el periódico *La Libre Crónica*. En esa misma época, los camaradas de Nanking publicaron el periódico *La Humanidad*.

En 1918, los compañeros de Shanghai fundaron el "centro libre" "Universidad" y publicaron la revista mensual *El Trabajador*. Los compañeros de Shen-Shi fundaron el grupo *Igualdad* y editaron el boletín *Igualdad*.

En 1919, los camaradas de todas partes, asociados, editaron la revista mensual *Evolución*, pero al tercer número fué prohibida y el compañero editor, Pe-hon, fué arrestado. Al mismo tiempo, los camaradas de la colonia inglesa y holandesa, de la isla Malay, fundaron el grupo *La Verdad* y editaron más de 10.000 folletos anarquistas. Por orden gubernamental los compañeros fueron expulsados de Singapur, Sumatra y Java.

En 1920, numerosos camaradas se reunieron en Chang-Chau, editaron el hebdomadario *Estrella de Tzu-kien*, organizaron un grupo regional de propaganda y distribuyeron más de cien mil volantes anarquistas en las reuniones atléticas. Por este hecho algunos compañeros fueron detenidos y deportados.

En 1921, los camaradas de Cantón editaron el periódico *La Voz del Pueblo*, los de Shanghai el periódico mensual *La Libertad*. En Pekín publicaron el diario bi-mensual *La Nueva Vida* y editaron los libros siguientes: *La obra de Kropotkin*, *La Sociedad Moderna y la Anarquía*.

En estos últimos tiempos aparecieron nuevamente nuestras ediciones, en Pekín: *El Movimiento social*, *El Movimiento del pueblo*; en Cantón: *La Campaña del pueblo*; en Amoy: *La Hora del pueblo*; en Shanghai: *La Libertad*, *El Hombre*; en Sze-Chuan: *El Pueblo*, *La Voz del Hombre*; en An-Ching: *El Diario del Pueblo*; en Tien-Tsin: *El Resplandor de la Estrella*; en Francia: *El Trabajador*.

Dos nuevos grupos fueron fundados. En Hunan, *La Anarquía*; en Sze-Chuan, *La Capacidad*.

Nuestro movimiento se desenvuelve difícilmente por carecer de dinero, pero jamás ha cesado desde que el anarquismo fué introducido en China.

Nuestro movimiento anterior se ha caracterizado por la propaganda de folletos y diarios; durante estos últimos años nos hemos ocupado del movimiento práctico.

En mayo de 1921 verificóse en Shanghai, la fiesta atlética del extremo Oriente; este acontecimiento nos pareció una buena ocasión para la propaganda. Numerosos camaradas entraron secretamente en el lugar y al sonar, como señal, un tiro, se enarboló el estandarte negro y se distribuyeron volantes de propaganda. A causa de esto cuatro camaradas fueron detenidos y uno de ellos ha muerto de sufrimientos en la prisión; los otros fueron castigados con diez años de cárcel.

En 1922 nuestros camaradas Wong y Pong se ocuparon del movimiento obrero en Hunan; fueron asesinados por el gobierno. Su muerte originó la huelga contra los capitalistas.

Durante el mismo año, el 10 de octubre, verificóse la fiesta nacional de la república China; un movimiento popular tuvo lugar en Pekín contra el militarismo; más de cien mil personas participaron en él. Nuestros camaradas, llevando estandartes negros, distribuyeron algunas centenas de miles de volantes de propaganda, lo que fué bien observado por los habitantes de la ciudad.

Las líneas que acabamos de leer constituyen la historia de la propaganda anarquista en China.

Para el movimiento sindical, nuestra obra carece todavía de eficacia, pues los trabajadores no están instruidos, pero como fruto de nuestra propaganda de estos últimos años, numerosos sindicatos han sido fundados en Shanghai, Canton, Hankow, Tien-Tsin; en ellos nuestros camaradas han propagado siempre nuestro ideal. Pero los sindicatos puramente anarquistas son siempre destruidos por el cruel gobierno.

Ultimamente, con los camaradas japoneses y rusos, fundamos el "Grupo Anarquista-comunista del Extremo Oriente". En Pekín, Shanghai, Canton se hallan las cabezas regionales. Esta organización tiene por finalidad el movimiento revolucionario; de ahí que sus miembros sólo sean camaradas revolucionarios. Esa es la tarea del momento.

Aunque el anarquismo en China sea todavía muy joven, desde la guerra europea, todos saben que el capitalismo es el padre del militarismo; es por eso que numerosos chinos han estudiado el socialismo y el anarquismo. En 1920, existían más de cien revistas del pensamiento nuevo: principalmente anarquistas y socialistas. Cuando la influencia de la revolución rusa fué experimentada en China, aparecieron los marxistas, pero no bien el gobierno ruso proclamó la nueva economía política, los jefes del partido comunista chino abandonaron sus doctrinas; devinieron miembros del partido político capitalista y no propagaron más el comunismo. A causa de esto el anarquismo progresó más rápidamente que antes, pues se sabe que la autoridad central y la centralización del capital en el Estado no pueden emancipar al proletariado.

En China la industria no progresa; de ahí que los trabajadores no tengan fuertes organizaciones. Si quisieramos realizar la revolución social por medio de la huelga general, como los camaradas de Europa y América, sería imposible en nuestro país. Más, los trabajadores están muy atrasados, por carencia de educación. Muchos de ellos no comprenden aún las palabras. Es muy difícil para ellos comprender nuestro ideal. Por eso estamos convencidos que la única forma de la revolución social en China, consistiría en ocupar el país por medio de una rebelión armada. Enseguida ayudaríamos a los camaradas de todas partes por la revolución; este sería un método más eficaz que repartir folletos y realizar huelgas.

En China, después de la revolución, sólo hay repúblicas de nombre, pues el despotismo existe ahora como antes. Si nuestros artículos fueran más revolucionarios, los diarios serían enseguida prohibidos por el gobierno. De ahí que nuestra propaganda no pueda ser pública. Entre nuestros camaradas muchos se convierten

en institutores para propagar nuestro ideal entre los estudiantes, pero los estudiantes son hijos de capitalistas, lo cual explica que los resultados sean todavía muy débiles.

Si después de una propaganda de más de diez años nuestro ideal no progresa es porque no tenemos un mejor plan revolucionario. A causa de esto es difícil convencer a nuevos camaradas; de lo cual se infiere que debemos estudiar el método revolucionario con sumo cuidado.

En ocasión de nuestro congreso internacional, además del informe, os proponemos las ideas siguientes:

1º—Crear una organización internacional

Si el anarquismo progresa tan lentamente es porque no tenemos una organización internacional, porque nuestros camaradas del mundo entero no pueden ponerse en comunicación. Con el apoyo de este congreso debemos organizar la Federación anarquista internacional, y para facilitar las comunicaciones, así como para la propaganda, debemos designar uno o dos camaradas de cada país como comités de acción, reclutar miembros cotizantes para que la organización tenga dinero para la propaganda y editar un órgano en esperanto, inglés y francés, para que los camaradas del mundo entero posean una fuente de informaciones.

2º—Observar el movimiento sindicalista

La organización sindical es el modelo de la sociedad futura. Es por eso que debemos ocuparnos del movimiento sindicalista a fin de que la clase obrera tenga la posibilidad de preparar la revolución social.

3º—Un ejército organizado durante el período revolucionario.

Muchos de nuestros camaradas se preocupan de la teoría anarquista solamente, pero no se ocupan del método revolucionario. Es un error. Nosotros pensamos que la revolución social no podrá verificarse al mismo tiempo en el mundo entero; los Estados capitalistas nos atacarán, no podremos defender la anarquía por la huelga general, como lo prueba la revolución rusa. Luego, de acuerdo con los hechos, durante el período revolucionario debemos tener un ejército revolucionario para defender el movimiento social.

4º—Emplear el esperanto como lengua común.

Hay camaradas nuestros, en todo el mundo. A causa de la diversidad de idiomas no podemos unirnos. Para suprimir esta dificultad debemos emplear el esperanto como lengua común, pues únicamente el esperanto está difundido en el mundo entero y su estudio es muy fácil para los orientales. Si publicamos un diario en esperanto, eso nos ayudará mucho para la propaganda.

5º—Fundar un comité para estudiar los métodos revolucionarios.

Tenemos una teoría muy buena, pero los métodos para realizar la teoría son muy poco numerosos; más aún, la situación de todos los países no es la misma y los métodos deben ser cambiados según la situación. Luego, pues, no es necesario propagar nuestro ideal, sino que es necesario tener métodos buenos y eficaces para realizar nuestro ideal.

En este congreso debemos fundar un comité para estudiar esto. Es un asunto muy importante para activar nuestro movimiento.

Las líneas que acabamos de leer son el fruto de nuestra experiencia; creemos que nuestros camaradas saben muy bien esto. Esperamos tener un gran éxito en el congreso.

¡Viva la anarquía!

LA FEDERACION ANARQUISTA COMUNISTA DE LENGUA CHINA

NO HACER TANTOS AÑOS DECIA: El ejército es una fuerza de esclavitud, donde vale más el dueño que la boca y donde está permitido ser asesino y ladrón a trueque de transformarse en imbécil. LEOPOLDO LUQUENS

# A los electores Obreros

La proclama que publicamos a continuación fué escrita hace cuatro años por el inolvidable camarada Georges Herzig. Nada ha perdido de su interés ni tampoco envejecido. El tiempo no ha hecho más que probar mejor las afirmaciones contenidas en la misma. Por eso la reproducimos.

## CAMARADAS:

El sufragio universal nos es presentado como el medio por excelencia para mejorar nuestras condiciones de vida. Se ha ido más lejos todavía, mostrándonos la boleta electoral como el medio más seguro de emancipación total. Ya, en 1846, James Fazy, el autor de la reforma electoral que devolvió al pueblo el uso de un derecho político que le había sido confiscado por la aristocracia, decía en una exposición posterior a la revolución que lo restableció:

"Se trata de probar al mundo que el más alto grado de libertad práctica para un pueblo, es hoy el mejor medio de resolver ciertas cuestiones sociales embarazosas, de dar soluciones a todos los problemas distribuyendo las riquezas, de extender el bienestar por un trabajo siempre bien entendido, bajo iguales condiciones, a fin de asegurar el mejor orden y la paz".

Antes de examinar cómo este programa ha permanecido sin aplicación para los trabajadores, y hasta qué punto ha sido abolida la libertad práctica por el parlamentarismo, veamos en qué condiciones el uso de los derechos políticos había sido devuelto por igual a los ciudadanos. El régimen cerrado de la aristocracia tocaba a su fin; la burguesía no podía soportar más un poder extraño a su vida y a su actividad, que no conocía nada de las nuevas necesidades debidas en gran parte a los progresos alcanzados en la industria, la cual, cubriendo rápidamente a Europa por medio de una red de líneas férreas, iba a centuplicar la producción y a transformar completamente el intercambio y el tráfico. A un régimen cerrado que vivía de la tradición, era necesario oponer un gobierno que no se apoyara únicamente en los derechos adquiridos y en la propiedad de la tierra, sino contrabalancear también este innegable poder por el número, es decir, llamando al pueblo, a los trabajadores, a los proletarios, para servir de contrapeso. Más cerca del pueblo por sus hábitos, por su educación, por el contacto diario que necesitan el comercio y la industria, la burguesía debía necesariamente apoyarse en él, y su gran amor momentáneo por éste, tenía su fuente en el propio éxito de su independencia. Durante mucho tiempo el odio común a la aristocracia fué el lazo que unió a la burguesía con el pueblo, después, poco a poco, la clase burguesa, conquistando riquezas, proporcionando a sus hijos una educación que era antes privilegio de las familias ricas, el lazo se relajó, las clases avanzadas formaron con los restos de la aristocracia del pasado y con elementos de la burguesía rentada, un partido nuevo, el gran partido conservador, conglomerado de todos los que habían medrado y de todos los que querían medrar. Aparentemente parecía que el uso del sufragio universal iba a tener en Jaqué al imperio del dinero. En realidad no hizo nada. La riqueza, sigue siendo la gran soberana, ante la cual todos los progresos en la legislación han sido amordazados y reducidos, a menudo, a impotencia.

## TRABAJADORES:

Preguntemos ahora, ¿dónde están las promesas hechas al día siguiente de la revolución de 1846? ¿El problema de la adquisición y distribución de las riquezas ha sido resuelto de un modo general, haciendo efectiva para los proletarios una ascensión hacia el bienestar y hacia un

desenvolvimiento intelectual y moral que hubiese sido el corolario natural? Únicamente las clases ricas lo han resuelto en su provecho, haciendo del gobierno político de la nación, por una parte, allanar las dificultades económicas que podían presentarse obstaculizando sus crecientes necesidades y por otra parte una salvaguardia frente a las clases desposeídas. ¿Qué representan todas las leyes confiscadas desde la caída del viejo régimen sino otras tantas ventajas reales que la burguesía hacía sancionar por el pueblo, colocado fuera de su acción?

Se ha hablado de la instrucción popular extendida desde esa época. Comparad las cifras de ella con los gastos ocasionados por la instrucción superior, la misma que se otorga a vuestros explotadores, y quedaréis complacidos. Observad todos los gastos para la defensa de la propiedad, pagados por vosotros, trabajadores, que no poseéis más propiedad que vuestros brazos, y quedaréis convencidos de la influencia inmensa de la riqueza, aun bajo un régimen radical con pretensiones de mejorar constantemente las condiciones de los "humildes", y que tienen en suma a la renuncia de los derechos más elementales que creíamos adquiridos para siempre.

## OBREROS:

Recordamos (pues el pueblo es tan olvidado que no se toma el trabajo de recordarle) que los partidos "avanzados" han tomado siempre la delantera en la reacción contra las clases obreras, a fin de demostrar a las clases conservadoras que son tanto como ellas partidarios del orden, es decir, del aplastamiento del proletariado débil.

Fueron esos partidos "avanzados" los más encarnizados, después de la huida de los tranvías en 1902, en sostener a los capitalistas americanos de la Unión. Fué un socialista el que tuvo el triste privilegio de llamar a las tropas para romper la huelga por las descargas de la caballería y de los carabineros, hecho del cual muchos de vosotros no habéis perdido el recuerdo. Fué una unanimidad afectuosa de todos los partidos la que puso en pie, como un obstáculo a vuestras necesidades de solidaridad de clase, la famosa ley sobre los conflictos colectivos por la que estamos impedidos aún, y que ha servido de modelo a todas las reacciones.

Desde 1848, encaramada en el poder sobre las ruinas del viejo régimen, a fin de cuentas no ha hecho más que legislar en todos los dominios para asegurar definitivamente su dominación de clase. Desde que ella hubo hecho la conquista del Estado se tornó omnipotente no permitiendo, celosa, el campo a ninguna iniciativa privada, considerada como una usurpación a sus atribuciones. Se ha convertido en dogma infrangible, que ningún hereje osaría siquiera discurrir. Todo por y para el Estado, tal es la regla. Esto es lo que James Fazy denominaba "el más alto grado de libertad práctica para un pueblo". ¿Se obraba en bien del pueblo, en verdad?

Dando al Estado nuevas atribuciones, la burguesía ha desarrollado un espíritu burocrático que ha sido su mayor salvaguardia, autorizando nuevas atribuciones y haciendo extender el favor a una turba de cortesanos prestos a todas las fluctuaciones a condición que se les haga un lugar en el pesebre nacional. Así se ha realizado la hegemonía política de la clase burguesa. ¿Qué se hicieron desde entonces esas superficiales divisiones políticas sino un postulado de ambición para los jefes y sus cómplices, un medio de mantener sobre nombres y no ya sobre principios una agitación efímera en la que el pueblo no confía más?

## CAMARADAS:

Mientras permanecéis fieles servidores en las luchas políticas todo marchaba perfectamente; se os admitía grose-

ramente y vosotros prestábais la espalda a las caricias de vuestros amos; pero desde que os habéis dispuesto a pensar que podríais tener intereses de clase, desde que habéis comprendido que vuestra emancipación no podría ser sino el resultado de vuestros propios esfuerzos, os habéis hecho sospechosos. Esto era lógico y no lo érais vosotros creyendo en un interés general, cuando sólo existen intereses de clase en la sociedad capitalista.

Mientras tanto las clases poseedoras tienen necesidad de vuestra sanción. ¿Qué valor tendría su gestión si ella no estuviera aprobada anticipadamente por el número y precisamente por los sufragios de la clase obrera?

Ellas mismas estarían sin apoyo y sin fuerzas, que es lo que ha perdido al régimen aristocrático; la ausencia de una sanción popular perdería a su turno al régimen burgués si vuestros sufragios llegaran a faltarle. Actualmente, los más tibios conservadores no querían volver al sufragio restringido, anterior al año 1846, y reemplazado por el sufragio universal, gracias a una revolución que había minado todas las nociones de legalidad de la época.

Más aún, ellos son los primeros en proponer todas las mejoras deseables en el ejercicio del voto para que siempre sea más considerable la frecuentación del escrutinio y siempre más extensas las responsabilidades que sanciona la legislación y los actos del poder ejecutivo.

¿No es ésta la prueba innegable de que ellos no temen a nada tanto como a un alejamiento de las urnas, a una indiferencia contra la cual en ciertos distritos se ha aplicado ya una sanción penal, transformando el "derecho" político en un "deber" obligatorio, probando así cuánto la boleta electoral ha frustrado lo que se esperaba de ella, después de sesenta años de una aplicación fielmente seguida pero sin resultado real para la clase obrera?

Y bien, camaradas; si realmente habéis comprendido el sentimiento de la lucha de clase de la cual el proletariado no puede sustraerse, no iréis a prestar vuestro concurso a la clase enemiga tomando vuestra parte de responsabilidad en sus empresas políticas. No olvidaréis que vuestro deber de trabajadores es, por el contrario, alejaros de las urnas, fríamente puestas a vuestra disposición para revestiros de una soberanía de la cual habéis comprobado una vida efímera en el día electoral. Vosotros pensareis que una transformación social que debe cambiar las bases de la sociedad permitiendo que el "problema de la adquisición y distribución de la riqueza" no se resuelva siempre en beneficio únicamente de los privilegiados de una clase, sino en

## UNA CONFERENCIA DE KROPOTKIN

Próximamente comenzaremos a publicar en el SUPLEMENTO un trabajo cuyo solo anuncio llenará de alegría a los lectores; se trata de una conferencia de Kropotkin, pronunciada en Londres en 1888, traducida del original inédito en 1920 por el mismo autor al ruso. Unos meses antes de su muerte, la revisó y anotó: "Lista para la impresión". Kropotkin quería que esa conferencia fuese publicada antes que la gran obra sobre la "Ética" de la cual es algo así como un resumen popular.

Esperamos que este trabajo, traducido del ruso para nuestro SUPLEMENTO, será acogido como merece. (Los lectores rusos pueden conseguirlo también en las ediciones "Golos Truda" de Moscú, en venta en nuestra librería).

beneficio de todos, no puede ser realizada por las vías legales, donde la medida es proporcionada siempre en el sentido de la conservación de las instituciones. ¿Cómo el Estado, cuya misión es proteger la propiedad, cuya misión es conservadora por excelencia, podría súbitamente, por un sortilejo electoral, transformarse en revolucionario y pasar de la protección particular de los bienes de algunos a una extensión tan grande de la riqueza que su rol mismo cesara con la transformación cumplida?

Todas las revoluciones han sido siempre realizadas contra los privilegios y el Estado ha sido siempre su defensor natural; nosotros nos preguntamos, desde entonces, cómo podría suceder que su misión cesara de pronto por el juego de instituciones que son ellas mismas respetuosas de los derechos particulares adquiridos en detrimento de todos. La legalidad, camaradas, es una ruta en la que es malo empeñarse. ¿No vemos nosotros, fuera de los pobres porcosos de puestos que son los socialistas políticos en general, cómo sería de difícil declinar, hacer prevalecer una idea contraria a ese punto y a esos intereses?

## CAMARADAS:

Si habéis comprendido estas razones, deducidas de la práctica electoral y de las cosas vistas y vividas, renunciareis a ese juego en el cual se os pide ser participantes benévolos. Pero renunciar no significa permanecer indiferentes. Retornad a vuestros intereses de los cuales habéis sido desviados por todos los partidos. Comprenderéis entonces qué obra inmensa resta cumplir fuera de las vías legales. Viendo el fin: la emancipación del trabajo, comprenderéis que los medios están en vosotros y trabajaréis con vuestros semejantes, los obreros del taller y de la fábrica, para preparar las vías de vuestra liberación, que no podrá ser real y definitiva sino con la supresión del patronato.

No es la conquista del poder lo que vosotros queréis realizar, sino la conquista de los instrumentos de trabajo, garantizando la solución del problema social por la administración de la producción por los mismos productores.

Basta de participar en las luchas electorales que son al mismo tiempo, y no obstante las etiquetas engañosas de los partidos, una colaboración de clases, pero sí una participación activa en todas las batallas económicas que son las escaramuzas necesarias de la gran transformación social que se prepara.

Basta de cooperación política que nos sujeta a una labor de esclavos! Paso a los trabajadores en marcha para conquistar la libertad, la emancipación, la vida!

GEORGES SERZIG  
(De "Le Reveil", Ginebra) —



Un tomo en 8.º de 268 págs. \$ 1.20  
Todo pedido debe venir acompañado de su importe a nombre de A. Barrera —  
PERÚ 1537 — Buenos Aires.

(A fin de evitar posibles extravíos, recomendamos a los compañeros que a todo pedido que haya de servirse por correo se acompañe el correspondiente importe para el certificado.)

